

MITADES PERFECTAS

A todos mis lectores de Wattpad.

PREFACIO

Axelle caminaba sigilosamente por el jardín, temblando debido al colchón de rocío que cubría el césped y mojaba de manera ligera sus pies descalzos. No deseaba ser descubierta. Luego de escuchar tantos cuentos sobre el Bosque Dorado y darse cuenta de que, en efecto, no era regado con agua común y corriente, quería confirmar los rumores. Se estaba dejando llevar por su sentido de la aventura, lo que muchas veces la había llevado a meterse en problemas.

Los jardines no eran tan vigilados en la noche, al menos no por personas. Había guardias, por supuesto, pero con el nuevo sistema de seguridad instalado algunos meses atrás no hacía falta tanto personal. Cualquier persona no identificada que se acercara a los muros que rodeaban el castillo, haría que la alarma se activara. Aún le costaba creer que ese tipo de cosas existían.

Se abrazó sintiendo otro escalofrío, cuando la brisa la acarició y provocó también que las hojas de los árboles susurraran. Le echaba la culpa al otoño, no a su sentido común que había fallado en no aconsejarle a llevar un buen abrigo y calzado.

Su padre le habría dado un sermón al enterarse de lo que estaba haciendo. Ingresar al Bosque Dorado estaba terminantemente prohibido para todos, exceptuando a los reyes y a quienes ellos les brindaran permiso. Pero Axelle era traviesa y cuando su padre la traía junto con su hermana al castillo para poder cuidarlas mientras su madre no podía, ella escuchaba cosas que no debía.

Cosas como el murmullo de los sirvientes en la planta baja al contarse que el Bosque Dorado no estaba cerrado porque la llave estaba extraviada y el candado era tan antiguo que era imposible crear una nueva. Hasta ella, con sus 8 años de edad, entendía que habían otras maneras de mantenerlo cerrado.

Pero la gente no se atrevía a entrar porque le temían al castigo.

La reja de hierro, algo oxidada por el paso del tiempo, se abrió con facilidad. Era pesada para sus manos pequeñas, mas no imposible de mover. Rechinó levemente, y Axelle sintió que su corazón latía con más fuerza cuando el sonido hizo eco. Se mantuvo quieta unos segundos, alerta por si alguien se acercaba. Nadie lo hizo.

Respiró con fuerza y entró.

Notó la diferencia del ambiente enseguida: el césped no estaba mojado, no había brisa en lo absoluto y no hacía frío. En realidad se sentía cálido, casi húmedo. El Bosque Dorado, a simple vista, era todo lo que Axelle había escuchado; y más.

Frente a ella había un sendero de arena tan clara que parecía blanca, que llevaba hacia un gran árbol al final del recorrido y con una arboleda marcando el camino a cada lado. El sol no daba aquí, pues el bosque estaba dentro de un cubo gigante de ladrillos rojos y, sin embargo, había luz.

No obstante, lo que hizo que Axelle perdiera el aliento fue el color de las hojas. Eran doradas.

Brillaban como si tuvieran un halo propio y parecían forjadas del oro más puro. Su corazón latía con júbilo, encantada con solo estar parada observando lo más maravilloso que jamás había visto. Se acercó a uno de los árboles con lentitud, disfrutando de la arena tan fina que parecía talco escurriéndose entre los dedos de sus pies.

Intentó alcanzar una de las hojas parándose sobre la punta de sus pies, pero fue en vano. Estaban demasiado altas. Continuó intentando, negándose a darse por vencida. Solo consiguió llenarse de frustración, considerando que no importaba cuánto saltara y se esforzara por siquiera rozar las hojas, Axelle seguía siendo demasiado baja de estatura.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Se había escabullido y probablemente se ganaría el enojo de su padre al darse cuenta de su huida, para nada. Respiró profundamente, considerando sus opciones. Quizás era mejor irse con el recuerdo de un bosque con hojas doradas que nunca haberlo visto.

Se metió entre los gruesos troncos marrón chocolate, acariciando sus grietas. Era mucho más grande de lo que aparentaba desde lejos, incluso hasta más alto. No apostaría ni por un segundo que el cubo de ladrillos rojos que se veía desde los ventanales del comedor tendría este tamaño.

Olía muy rico también. Un aroma que se acercaba a lo cítrico, pero que se mantenía suave y ameno. Nunca había sentido algo así. El regocijo que se extendía por todo su pecho era inimaginable.

Estaba tan distraída atrapando atisbos de los más sutiles detalles del Bosque Dorado que no se percató de una pequeña rama saliente de uno de los troncos, puntiaguda, pues había sido arrancada. Arrastró su índice por donde sus ojos no veían, provocando que su piel se abriera a lo largo de su dedo y comenzara a sangrar.

Axelle siseó y gimoteó a causa del dolor, y se le escaparon algunas lágrimas. Se arrodilló en el césped, al borde del sendero de arena blanca, y se encogió en ella misma, sollozando por la profundidad de la lastimadura.

Separó los brazos de su cuerpo para poder observar y quedó espantada por la vista que la recibió: ambas manos estaban cubiertas de sangre y la falda de su camión celeste tenía manchas escarlata. Lloró más fuerte.

No supo cuánto tiempo pasó allí tendida, pero detuvo su llanto cuando sintió que algo se movía sobre su cabeza. Levantó la vista, encontrándose con una hoja dorada bailando en el aire, cayendo mansamente en su dirección.

Ahucó sus manos sangrientas frente a ella, su boca entreabierta y sus ojos tan abiertos que lágrimas nuevas se estaban formando. Estas ya no eran de tristeza.

La hoja cayó sobre sus manos carmesí y se deshizo en millones de brillos dorados apenas hizo contacto. Se desparramaron sobre su piel y cayeron en su falda, dejándole un cosquilleo a su paso.

Axelle no estaba respirando.

La purpurina dorada resplandeció. Su piel la absorbió, dejando a la niña con un jadeo estancado en la garganta. La sangre de sus manos había desaparecido. Las manchas en la tela de su camión se desvanecieron. Inspeccionó sus manos por delante y por detrás.

La herida ya no estaba allí.

Su pecho se sentía cálido.

Axelle sonrió.

El Bosque Dorado sí era mágico.

1

Mis ojos picaban a causa de las lágrimas de miedo y, por más que me repetía que no debía ser débil, comenzaban a desbordar mi rostro, humedeciendo mis mejillas. No sabía qué hacer cuando este tipo de cosas sucedía. No solo eso, sino que el alcohol me tenía algo achispada y mi corazón estaba galopeando con fuerza dentro de mi caja torácica.

Nunca debería haber dejado que Sean tomara tanto. Se volvía un tanto violento y no me gustaba en lo absoluto.

—¡Brrren, nena!, no te pongas así. Veen, volvamos a la cama.

Sentí que tocó mi hombro desnudo con su mano fría y seca.

—No me toques —bramé y corrí mi cuerpo lejos de su alcance—. Estás muy borracho.

Volteé para mirarlo a los ojos y sequé mis mejillas con furia. Quería que viera lo mucho que me había afectado su actitud. Me miró arrepentido e hizo una cara de perro mojado. Luego comenzó a reír como desquiciado y trató de volver a acercarse. Como yo estaba relativamente sobria, lo esquivé con facilidad y me acerqué al sillón para tomar mi chaqueta y largarme de allí. Estábamos en plena primavera, pero de igual manera la noche refrescaba y no pensaba salir con falda y camiseta de tirantes.

—Oh, porrr favorrr, ven aquí, yo te aaamo —arrastró las palabras, demostrando que estaba demasiado ebrio como para pronunciar correctamente.

—Nos vemos mañana cuando estés sobrio, Sean.

Me abrigué y salí de allí sin dejar que dijera nada. No quería escucharlo, estaba furiosa y asustada. Eso nunca había pasado antes y tampoco quería que pasara. No estaba física ni mentalmente preparada.

Ni siquiera tenía paciencia para esperar el elevador ni ganas de tomar un taxi, así que bajé las escaleras del edificio lo más rápido posible, salí de allí y comencé a caminar, no sin antes sacar mi iPod y colocar los auriculares en mis orejas.

Aumenté la velocidad de mis pasos cuando recordé que en un par de horas mis padres se estarían despertando para ir a trabajar, y no quería que me vieran entrar a nuestro piso al mismo momento en el que ellos se iban. No me iba a ir nada bien si eso ocurría.

Un rato después de estar caminando, a mitad de camino hacia mi hogar, sentí que uno de mis bolsillos estaba vibrando. Como odiaba la continua vibración, saqué el teléfono lo más rápido posible, quité de mi oreja uno de los auriculares mientras contestaba.

—¿Sí? —atendí de mala manera.

—¿Así es como atiendes a tu mejor amiga?

Sonreí al instante. Candace podía ser muy molesta cuando quería, a pesar de ser la persona inteligente y razonable en esta relación, pero en momentos como este su voz y locuras me tranquilizaban.

—Lo siento, no me fijé en el identificador. ¿Qué haces aún despierta? Pensé que apenas dejaste el bar te irías a dormir.

Porque era lo razonable. Candace no era como yo, a quien podría considerar como un murciélago. *Vivo de noche y duermo de día.*

—Insomnio. Cuando llegué a casa no tenía sueño, así que puse la televisión y lo único interesante era una película de terror. Ahí lo tienes, ahora no puedo dormir.

Reí ante su confesión.

—¿Qué película era?

—*El Grito.*

Reí otra vez.

—Ahora tampoco podrás bañarte sola, ¿sabes?

—Oh, cierra la boca. Cambiando de tema, ¿sigues en lo de Sean?

Y fue suficiente para cambiar mi humor.

—No, estoy caminando hacia mi casa.

—Veo... ¿Ha pasado algo? —preguntó, su voz con un tinte de preocupación.

Mi suspiro fue tan largo que creo que duró medio minuto.

—¿Podemos hablar sobre eso mañana? Estoy llegando a casa y no quiero hacer ruido y despertar a mis padres.

—Estás evitando el tema a propósito, señorita. Pero, está bien. ¿Me llamas mañana? O, bueno, hoy más tarde —agregó con una risa—. Me iría a dormir pero debo levantarme en media hora. Así que hasta algunas horas.

—Seguro —reí entre dientes.

El humor me había vuelto.

Cuando llegué a casa, sí tomé el elevador. No solo porque estábamos en uno de los últimos pisos, sino porque estaba exhausta. Eran las seis y media de la mañana, lo único que quería hacer en ese momento era darme una ducha caliente y dormir. Me saqué los tenis en la entrada y comencé a caminar a hurtadillas hacia la cocina, para tomar un vaso de algo que me sacara el gusto de nada de la boca.

Saqué una botella de Coca-Cola de la heladera y di tres tragos, satisfaciendo a mi reseca garganta. Cerré la puerta y cuando volteé, todas las luces se prendieron de repente. Mi mamá estaba sentada en el gran sofá de la sala con

los brazos cruzados, y no pasó mucho tiempo hasta que papá se le unió, seguramente luego de haber prendido las luces.

—Buenas noches, Eloïse —saludó a mamá con hostilidad—. ¿O debería decir *buenos días*?

Hice una mueca. Iba a reclamarle el llamarme por mi segundo nombre, pero no me pareció adecuado. Hacía mucho tiempo que mis padres no me atrapaban a la hora de llegada.

—Buenos días —saludé insegura.

Rodeé la barra de desayuno y me acerqué a ellos a paso lento. No solo era raro que estuvieran despiertos a esta hora, sino que ambos tenían una expresión en sus rostros que no me agradaba.

—¿Dónde estabas? —preguntó papá.

—Estaba con Sean. Estábamos viendo una película y se nos pasó el tiempo —mentí sin problemas.

Debería haber sido parte de la pandilla de Alison de *Pretty Little Liars* con lo buena mentirosa que era.

—Bien. Entonces, ¿por qué estás vestida así?

Uh, oh.

—Fuimos a un bar primero. Se los dije antes de salir de casa hoy.

Por lo menos *eso* era verdad.

Papá suspiró.

—Mira, Brenda, tu madre ha recibido bastantes noticias en el club sobre ti y no son nada agradables. Decidimos hacer algo al respecto.

—Espera, espera. No pueden creer cada rumor sobre mí, papá. —Lancé mis manos al aire.

Mamá se paró de un salto y me dio una mirada llena de acusación, aunque más que nada, de decepción.

—Entonces dime que no son ciertos. Dime que no sales de fiesta todos los días y que no andas durmiendo por los alrededores. Ya ni siquiera sé si Sean es realmente tu novio. Una muchacha nos mostró fotos de ti muy cercana a muchos muchachos e incluso fotos tuyas dejando bares de la mano de ellos. Te permitimos este año libre porque pensamos que serías responsable. No esperaba que estuvieras todos los días durmiendo hasta tarde y teniendo sexo por todo Nueva York.

Mi mandíbula rozó la alfombra.

—Yo no estoy...

—¿Durmiendo por los alrededores? —Me interrumpió ella—. Porque encontré los condones en tu habitación, Eloïse.

Y, esta vez, sentí la piel de mi mentón ser raspada por el material del suelo. Abierta en dos y sangre goteando en forma de indignación.

—No tenías derecho a revisar mi habitación —acusé con los dientes apretados, olvidando las mentiras dichas sobre mi persona.

Mostró las palmas de su mano, admitiendo que era culpable.

—Sé que no, pero eso solo me sirvió de evidencia. Esto no puede seguir así, Eloïse, vives en una fiesta continua y yo no voy a seguir festejando tus errores.

No pude negárselo, porque todos los días tenía una fiesta diferente y nunca falté a ninguna de ellas. En ese momento me sentí muy avergonzada y perdida, porque ya no sabía qué decirle. Me sentía un fracaso de hija. Solo bajé mi mirada y retuve las ganas de llorar por segunda vez en el día. No serviría de nada aclarar que con la única persona que había tenido sexo era con Sean. No me creerían.

Escuché a mi mamá susurrarle algo a mi papá, pero no pude llegar a entender qué le dijo.

—Brendie —llamó papá, haciéndome levantar la mirada y encontrarme con sus cálidos ojos marrones, tales como los míos—, dejarás Nueva York por un tiempo.

—¿Qué? —pregunté casi inaudible, con los ojos bien abiertos.

Mamá se acercó hasta quedar bien cerca de mí y sonrió con simpatía, como si en realidad no quisiera decirme lo que tenía que decir. Acarició mi mejilla y besó mi frente.

—Esto es por tu propio bien, bebé. Recuerda lo que dijimos; no dejaríamos que tu año libre fuera así. Necesitas acomodar tus pensamientos. Hablé con tu tío ayer en la tarde e irás a vivir con tu prima Seleste.

—¿Prima Seleste? —con un hilo de voz revelé toda mi incredulidad.

Eso quería decir que...

—Sí, irás a Goldenwood.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. No. No quería dejar mi hogar, no quería irme a Francia y, por sobre todas las cosas, no quería separarme de mis amigos y de mis padres.

Mi prima Seleste era la hija de la hermana de mi mamá. Ella había vivido aquí con su mejor amiga, Lynn; pero, por extrañas cuestiones de la vida, el príncipe de Goldenwood vino aquí y se enamoró de ella. Ahora estaban comprometidos y Seleste vivía con ellos allí. Mi familia materna era de ese lugar, un estado independiente llamado Goldenwood. Estaba ubicado en la intersección de Suiza, Francia e Italia. La última vez que estuve allí tenía 3 años.

—No quiero —respondí con voz trémula—. Por favor, no me hagan esto —supliqué.

Compartieron una mirada y mamá volvió a mirarme con seguridad. Sus ojos azul claro demostraban lo agotada que estaba y sus rizos dorados estaban desordenados, pero no perdían su certeza.

—Lo lamento, pero irás. Aprenderás a comportarte y a valerte por ti misma. Tienes suerte de que Seleste estará allí y no estarás sola. No tienes otra opción, ya que si te quedas será peor.

Fruncí el ceño.

—¿Pero por qué?

Mamá y papá volvieron a cruzar miradas.

—Porque sabemos que Sean, tu novio, era tu profesor.

Negué con la cabeza.

—No, no, él no era...

—¡Deja de mentir! —exclamó ella—. Ya estoy harta de tus mentiras y de que siempre te salgas con la tuya. Ya basta de esto, basta de esta vida que llevas. No dejaré que te arruines la vida. No tienes idea de lo horrible que me siento cuando socias del club me vienen con todas estas historias sobre ti. —Tomó aire pausadamente y continuó—: Te irás, porque sino todos sabrán qué clase de relación llevaban tú y Sean y el muchacho perderá su trabajo. Por su culpa —añadió.

—No, por favor —supliqué—. Sean ni siquiera era *mi* profesor y ya no trabaja en la escuela a la que yo iba.

Mi labio inferior comenzó a temblar, pero no me permití llorar. No iba a llorar. Me llevaba bien con Seleste, pero ella era tan diferente a mí que de solo pensarlo me daban ganas de gritar y patear como niña caprichosa.

—Partes hacia allá mañana, linda —musitó papá, acercándose—. Duerme un poco ahora y luego prepara un bolso. Es lo único que necesitarás.

—¿A qué te refieres?

No sabía cuánto tiempo iba a estar, pero un solo bolso no me alcanzaría. ¿Acaso pretendían que anduviera en mi traje de piel?

—Lleva solo lo necesario —respondió mamá—. Seleste ya fue de compras por ti.

—¿Qué? ¿Están locos? —exclamé.

Yo era de camisetas y tenis y Seleste era de zapatos de taco alto y ropa elegante hasta para dormir. Ni hablar de que ambas teníamos gustos diferentes en la mayoría de cosas. Joder, esto no era para nada bueno.

—Queremos que aprendas a ser una señorita —aclaró mamá con suavidad.

Intentó acariciar mi mejilla, pero me corrí. Ya no estaba triste, sino enojada y decepcionada.

—Ustedes quieren cambiar quien soy yo. —Negué con la cabeza.

Mamá abrió la boca para decir algo, pero levanté la mano para que no lo hiciera. Ya no tenía ganas de escucharlos. Me di media vuelta y me dirigí a mi habitación, mi refugio. Cerré con llave para que no entraran y siguieran con su discurso de que aprendiera a ser una señorita.

Me deshice de la falda, las medias y la chaqueta, pues sentía que era innecesario tenerlas puestas. Los aros del corpiño me estaban matando, así que también me lo saqué. Estaba totalmente cómoda solo en mis bragas y mi musculosa negra. Recogí mi cabello castaño oscuro ondulado en una colita alta y me propuse hacer el maldito bolso. Primero guardé mi laptop y mi iPod en una mochila aparte y luego, en el bolso, mi camiseta con la estampa de *I love New York* y otras prendas favoritas que sabía que iba usar en momentos a solas.

Porque no pensaba usar la ropa que Seleste me compró todo el tiempo. No señor.

Cuando terminé, me tiré en mi cama completamente cansada. Necesitaba llamar a Candace para contarle y poder despedirme; tal vez podíamos hacer algo juntas antes de que yo desapareciera de Estados Unidos. También tenía que llamar a Sean y despedirme, no podía irme como estaban las cosas entre nosotros. Además, debía saber que su empleo corría peligro si no actuaba con disimulación. Aunque quizás debería esperar a que estuviera sobrio.

Saqué el celular de mi bolso que afortunadamente tiré sobre la cama minutos atrás. Marqué el número de Candace. Sin que me sorprendiera, atendió al primer tono.

—Hola, Bren —saludó con... ¿Resignación?

—Oye, no sabes lo que ha pasado. Mis padres me están obligando a ir a otro continente mañana. Así que, ¿te parece si hacemos algo como despedida?

Suspiró casi con pesadez.

—No puedo. Tus padres llamaron a los míos... Recién, y contaron sus planes, diciendo que no puedo verte antes de que te vayas. Ojalá pudiera escaparme de alguna manera para poder ir a verte de todas formas.

Sus palabras cayeron como una piedra en mi cabeza, con tanta fuerza que casi me desmayo. No podía creerlo, mis padres ni siquiera eran capaces de dejar que me despidiera de mi mejor amiga, la que conocía desde hace años.

—Increíble. No solo me están sacando del país, sino que no me dejan despedirme de ti.

—Ni de nadie. No creo que te dejen ir a ver a Sean tampoco.

Apreté mi celular con tanta fuerza que creí que lo rompería. No que lo quisiera, pero estaba tan enojada que hubiera roto cualquier cosa con mis propias manos.

—Bueno, entonces... Entonces supongo que nuestra despedida será por teléfono.

—Sí —respondió con voz pequeña y quebrada.

Sabía que estaba por llorar.

—No llores, Candie, nos volveremos a ver antes de lo que te imaginas y te llamaré cada momento en el que pueda y tú me podrás llamar a mí.

—Pero seguramente te harán comprar un teléfono nuevo para poder comunicarte con la gente de allí —rezongó con voz rara, lo que quería decir que estaba resistiendo las lágrimas.

—¿Tú crees que me voy a deshacer de este teléfono? No hay manera, tendré dos teléfonos, pero no me voy a deshacer de este. ¡No!

—Bueno —rio un poco, aunque todavía algo triste—. Te llamaré todos los días, Bren —dijo con tristeza.

—Y yo atenderé —reí.

Alguien comenzó a tocar la puerta continuamente y sabía que era mi mamá. Solo éramos tres, o sea que solo ellos dos tocaban mi puerta: papá solo

daba dos toques y esperaba pacientemente a que le abriera; mamá, al contrario, daba toques continuos. No iba a detenerse hasta que le abriera.

—Tengo que irme, mamá quiere hablar conmigo.

—Oh. Está bien. ¡Te quiero!

—Yo también te quiero, tonta.

Finalicé la llamada antes de que hiciera algún comentario que me retuviera. Sabía que iba a decir algo sobre que nunca le decía que la quería y estaríamos conversando por mucho más tiempo.

Me levanté de la cama a regañadientes y giré la llave de la puerta. Cuando la abrí fulminé a mi mamá con la mirada, quien me observaba devuelta con una expresión cándida y su mano derecha alzada, con la que estaba golpeando mi puerta.

—¿Qué quieres?

Colocó sus manos en las caderas y me dio una mirada seria.

—No me hables así, Eloïse.

—No me llames así.

—Te llamaré como quiero porque tú eres mi hija y ese es el nombre que elegí para ti.

—Mi nombre es Brenda. ¿Qué quieres, mamá?

Suspiró y se cruzó de brazos. Me miró un largo rato, entornaba los ojos y luego los volvía a la normalidad, como si estuviera pensando seriamente en si decirme algo o no. Después de un momento, volvió a suspirar y sus hombros descendieron.

—Nada. Es solo que... No quiero que estés enojada conmigo. Con nosotros. Lo estamos haciendo por tu bien, tú necesitas este cambio.

—¿Yo necesito *este* cambio o necesito *un* cambio? —Le dediqué una mirada desafiante—. Encima me estás amenazando con arruinar a Sean. No es justo.

Era despreciable.

—Deja de decir eso, nosotros no queremos cambiarte. Queremos que todo sea mejor para ti y acá no podrás tener éxito, y si amenazándote es la única manera de hacerlo, entonces que así sea.

—¿Éxito? —pregunté incrédula—. No necesitas enviarme al otro lado del mundo para que tenga éxito. ¿Por qué no me dices de una vez por qué están haciendo esto?

—¡Ya te lo dije! —exclamó llevando sus manos al aire, exasperada. Estaba mintiendo, lo sabía—. Ahora termina de empacar. Tu avión sale a las dos de la tarde.

—Espera, espera, espera. ¿No me voy mañana? —pregunté confundida.

Mamá frunció el ceño y miró su reloj de muñeca.

—No, es hoy. Lo siento, el hecho de que te hayamos dicho de todo cuando llegaste tan temprano y tarde al mismo tiempo me confundió.

Iba a replicar, pero solo se dio la vuelta y caminó por el pasillo bailando sus

caderas como siempre solía hacer. Enojada, di un portazo. Odiaba que me ignoraran así. Ahora no solo no puedo despedirme de quien quiero, sino que me voy hoy mismo en menos de diez horas. En ocho, para ser exactos.

Decidí darme una ducha y luego dormir. Ya había terminado de empacar, lo único que quería hacer era dormir hasta que tuviera que irme. Agarré unas bragas limpias de mi armario y una camiseta para luego descansar.

No tardé mucho en bañarme. No soy de las personas que le se la pasan horas en la ducha porque piensan mucho y bla bla bla. No, para mí cuanto menos tiempo pase bajo la lluvia artificial, mejor. Mi cabello era todo un nudo al salir de la ducha, algo que me molestaba tremendamente.

Debería haber salido como mi madre, con su grueso y brillante cabello dorado. No, en lugar de eso salí como mi padre, con su fino, opaco y oscuro pelo. Al igual que sus ojos marrones. Toda mi familia de parte de mi mamá eran rubios de ojos claros, en lugar de pasarme algunos de sus genes salí como la familia de mi papá. Lo único que había heredado del lado materno, eran los labios carnosos y el color de piel cremosa.

Cepillé mis dientes y luego me acosté en mi cama, no sin antes poner a cargar mi celular. Ni siquiera me molesté en poner la alarma. Si podía quedarme dormida mejor, aunque sabía que mi madre iba a ocuparse de despertarme de todas maneras. Pretendía dormir todo lo posible porque en los vuelos nunca se me concedía. Y este iba a ser uno muy largo. Sin mencionar que debía tomar dos jodidos aviones.

Estaba teniendo un sueño relajante cuando sacudieron uno de mis hombros con delicadeza. Gruñí internamente; era mamá. Lo que significaba que era hora de irme. Demonios, ¡no quería irme! Estaba muy cómoda con mis ojos cerrados y mi inconsciente descansando.

—Despierta, Eloïse, es hora de levantarse.

—Vete —rezongué mientras giraba para que dejara de zarandearme.

—¿Quieres que quite el cobertor?

Suspiré con pesadez antes de darme la vuelta y sentarme, froté mis ojos antes de abrirlos. Al menos había sido lo suficientemente considerada para no prender la maldita luz. Estaba segura de que mi cabello era un nido de pájaros, pero ¿qué más daba? En horas estaría en otro lugar y no era mi querida Nueva York.

—Papá está bajando tu bolso y mochila al auto. Vístete, así comes algo antes de ir al aeropuerto.

—No podré guardar mi cepillo de dientes si se lleva mi mochila —dije con voz rasposa por el poco uso.

—Selesté se ha encargado de que tengas uno nuevo en Goldenwood —musitó con voz dulce.

Besó mi frente y prendió la lámpara de la mesita de noche. Miré hacia afuera y me di cuenta de que aún no era totalmente de noche, pero lo sería durante todo el viaje hasta que aterrizara en la maldita Francia. Salí de mi cama con la intención de buscar ropa de mi armario, pero mamá chasqueó la lengua.

—Dejé ropa sobre tu cama, linda. Lo siento, pero no puedo dejar que mañana, cuando llegues a allí, te vean con cualquier ropa. No te preocupes, puedes usar zapatillas. —sonrió mostrando sus dientes.

Le di una mirada de pocos amigos y la ignoré, yendo directamente al baño a asearme.

La ropa que mi mamá había elegido no era del todo mala, pero cuanto más me miraba en el espejo de cuerpo entero, menos me gustaba. La camiseta era un par de tonos más claro que el negro, no llegaba a ser gris. Las mangas me llegaban un poco más arriba que el codo y era demasiado escotada para mi gusto. Arriba, de conjunto, iba un chaleco negro. Eligió los únicos pantalones que no me gustaban, no solo por el hecho de que eran blancos, sino porque eran malditamente ajustados. Debía acostumbrarme a ponerme ropa que no me gustaba, considerando que Seleste sería mi estilista de ahora en adelante.

Me calcé unos tenis negros, tomé mi celular y dejé mi habitación. Mientras comía unos sándwich que me había hecho mamá, ella me peinó y sujetó mi cabello en una coleta alta. Estábamos camino al aeropuerto unos momentos después. Decir que estaba de mal humor sería una atenuación. Estaba *muy* malhumorada. No era de la clase de personas a las que les gustaba despertarse temprano, como tampoco era de las que les gusta que las despierten. Disfrutaba mucho mis horas de sueño.

Esperamos una hora en el aeropuerto para que pudiera hacer el pre-embarque. Luego quedaría sola.

—Te extrañaremos, Bendie —murmuró papá en mi oreja, abrazándome.

Lo abracé devuelta. A pesar de que estaba de malhumor, él era mi padre y lo echaría de menos.

Papá me dejó ir para que mamá pudiera abrazarme. O, mejor dicho, estrujarme; ella no abrazaba, ella apretaba hasta dejarte sin aire y fue exactamente lo que hizo. Sus hebras doradas se introdujeron en mi boca y se pegaron a mi lengua incomodándome. Dios mío, esta mujer sí tenía fuerza.

—Mamá —gimoteé.

—Debes entender que esto es por tu bien. Goldenwood te hará bien, bebé —susurró dulcemente.

Sentía un rencor creciendo dentro de mí a medida que las palabras acariciaban sus labios. Lo único que yo quería era que me dejara en paz y así yo podría esperar a embarcar sola con el celular en mis manos. Quería darle una llamada a Sean y despedirme, pues no sabía cuándo lo volvería a ver.

—Bueno. Ahora, déjame ir, por favor.

Luego de un suspiro de resignación, mamá me soltó y yo pude volver a respirar. Papá me dio el bolso para que pudiera pasar el escáner y la zona de pre-embarque, mientras mi mochila colgaba de uno de mis hombros hacía ya un tiempo.

—Adiós —dije apenas audible antes de darme la vuelta y pasar a la otra zona.

Mi mochila y bolso pasaron por el escáner al igual que mi celular en una

pequeña bandeja. Luego los tomé y me senté a esperar en la sala de embarque. Mientras esperaba, decidí que era el momento adecuado para llamar a Sean. Atendió bastante rápido para mi genuina sorpresa.

—¿Bren, nena?

Una sonrisa se dibujó sin permiso en mi rostro al escuchar su voz. A pesar de los acontecimientos del día anterior, yo lo seguía queriendo y ya lo estaba extrañando.

—Hola, Sean —dije suavemente.

—Oye, pensé que te vería hoy. ¿Dónde estás? ¿quieres que te busque?

Sonaba tan emocionado que solo eso provocó mi angustia.

—No, no puedes. Estoy en el aeropuerto a punto de irme.

—Oh, ¿a tus padres se le ocurrieron repentinas vacaciones? —preguntó con evidente sorpresa y algo de confusión.

—No. Ellos me están... Me están enviando a Europa —dije sin preámbulos.

—¿Qué?! —preguntó—. Estás bromeando, ¿verdad? —rio con nerviosismo.

—No, Sean. Quería despedirme pero no me dejaron salir de mi casa ni dejaron a Candace ir a verme, no había manera de poder hacerlo en persona, así que decidí llamarte desde aquí.

Esto se sentía tan mal. Quería poder darle un abrazo de despedida y que me diera esas palabras reconfortantes que solo él sabía darme. Lo necesitaba a *él* y estaba totalmente sola.

—Pero... Pero, ¿por qué? —preguntó con cierto dolor en su voz.

—Porque creen que soy un desastre y lo soy. Ya no pueden controlarme. Vivo de noche y duermo de día cuando debería ser al revés. Tendría que empezar la universidad en unos meses y estoy en el camino contrario. Realmente lamento no poder despedirme de la manera adecuada.

Sean dejó salir un sonoro suspiro y se quedó en silencio unos instantes. Sabía que le estaba costando recibir la noticia luego de que sufrimos un infierno poder estar juntos sin problemas. En la vida todo se trata de sacrificios. Sean sacrificó muchas cosas por esta relación cuando yo apenas si lo hice y me estaba marchando para volver quién sabría cuándo.

—Bueno —murmuró—. Te extrañaré horrores. Quizá pueda ir a visitarte en algún momento.

—No creo que puedas —expresé con la voz quebrada—. Mis padres harán lo posible para que deje atrás todo lo que me ata a Nueva York.

«Y no entiendo por qué», quise agregar.

—Bren —gimió con dolor—. ¿Qué haremos?

—Lo único que podemos hacer es mantener esta relación a distancia o... —dejé la oración en el aire.

No quería decirlo en voz alta, ni siquiera quería pensarlo. Si él lo quería, entonces así sería, pero yo no daría la idea. Ambos podíamos ser idiotas en esta relación; aún así teníamos un lazo difícil de romper y él era la única persona con

la que podía ser yo misma sin ser juzgada.

—O terminarla —completó por mí luego de unos segundos. Y, así, diciéndolo en voz alta, hizo que todo esto fuera real—. No sé qué es lo que quiero ahora, Bren. Sabes que te esperaré todo el tiempo que fuera necesario, pero esa es la cuestión... ¿Cuándo volverás?

—Desearía saberlo.

Tenía esa extraña corazonada de que estaría más tiempo del necesario en el estado donde había nacido mi madre. Ni siquiera recordaba cómo era y ya lo odiaba.

—Cielos. Creo que... Creo que ahora debemos pensar, ¿de acuerdo? Hablemos cuando estés allá y tengamos las cosas más claras, porque ahora estoy jodidamente confundido y no sé qué es lo que podemos hacer con nuestra relación, Bren.

Sabía que le estaba costando decir esas palabras. Él me quería en Nueva York tanto o más de lo que yo lo deseaba. Él había confesado su amor por mí mucho tiempo antes de que yo siquiera sintiera que me gustaba, apenas si sentía una ligera atracción cuando él me dijo todo lo que sentía. Sean no merecía esto.

En ese momento decidí que no necesitaba saber que mis padres eran conscientes de que había sido profesor en mi preparatoria. Se le notaba compungido con la sola noticia de que me iría sin saber la fecha de regreso; no quería hacerlo sentir peor.

—Está bien —aseguré—. Llámame cuando hayas decidido. Solo recuerda que hay seis horas de diferencia de aquí a allá cuando lo haga —agregué tratando de aligerar el humor de la conversación.

Él rio entre dientes, sacándome una sonrisa. Ambos sabíamos que era el momento de decir adiós y ninguno de los dos quería dar el primer paso. Relativamente, yo lo había hecho al llamarlo, pero ahora no quería hacerlo definitivo y decirlo yo primero. Ahora era *su* turno.

—Bueno... Lo haré. Te llamaré pronto aunque sea para saber cómo estás, ¿sí?

Asentí, olvidando que él en realidad no me podía ver.

—Sí —respondí cuando recordé que estábamos hablando por teléfono.

—Te amo, Bren. Ten un buen viaje y disfrútalo aunque estés reacia a hacerlo.

Podía sentir su sonrisa. Y yo también estaba sonriendo, porque tenía esperanzas para nosotros dos.

—Yo también te amo.

—Adiós, nena —murmuró.

—Adiós, Sean —susurré antes de sacar el celular de mi oreja y terminar la conversación.

Mordí mis labios para retener las ganas repentinas de llorar. La situación apeataba.

Un momento después comenzaron los llamados para arribar el avión.

Algunos hombres se ofrecieron a cargar mi bolso, pero solo les agradecí brevemente y seguí mi camino sin mirarlos. No estaba de humor para flirteos. Estaba ubicada en la primera fila, así que pude mostrar mi identificación y pasaje rápidamente. Me encontraba sentada en mi cómodo asiento de primera clase antes de lo que esperaba. Envié un mensaje rápido a mamá, papá, Sean y Candace informándoles que ya estaba dentro. No sé qué se había metido dentro de mí, pero de repente quería que estuvieran al tanto de lo que me estaba pasando, cuando antes me hubiera importado un comino.

Las ocho horas de vuelo las pasé con los auriculares prendidos a mis orejas, escuchando música con los ojos cerrados. Comí una que otra cosa que la azafata ofrecía, pero la verdad era que no tenía hambre. Traté de dormir la mayor parte del tiempo. Pensé mucho en todo lo que extrañaría mi hogar y las personas en él, mi habitación, mis cosas. Me sentiría una total extraña en Goldenwood, aunque mi madre fuera de allí.

Cuando aterrizamos en París, lo primero que llamó mi atención al pisar el aeropuerto fue mi prima Seleste con un cartel blanco en sus manos que decía lo siguiente: Brenda Eloïse Thomas-Morel. «¿En serio?», pensé con sarcasmo, «¿con qué necesidad puso mi nombre completo?». Me hubiera conformado con solo «Brenda Thomas», el nombre con el que usualmente era reconocida y el que a mí me gustaba. La parte francesa estaba absolutamente demás.

Ella lucía tan formal como siempre. Hacía dos años que no la veía, pero mantenía su apariencia perfectamente. Su cabello dorado estaba recogido en un rodete que a simple vista —y a mi parecer— estaba muy tirante, sus ojos celestes estaban cubiertos por lentes de sol, seguramente de una marca carísima. Tenía puesto un vestido al cuerpo de color celeste que era bastante corto para mi gusto y formal para la hora del día; dejaba ver sus infinitas y bronceadas piernas y a no olvidar los tacones de quinientos mil centímetros, haciéndola más alta de lo que ya era. Seleste era seis años mayor que yo y era hija única... Al igual que yo. Éramos las últimas Morel de la familia.

Cuando me vio, sus carnosos labios se estiraron en una sonrisa que mostraba sus dientes blancos y parejos —gracias a los brackets, por supuesto—. Tenía la atención de más de una persona a pesar de toda la gente que había alrededor, y no me sorprendía para nada.

—¡Brendie! —chilló con emoción, y luego pronunció en perfecto francés—: *Bienvenue à Paris.*

¿Mi traducción personal? «Bienvenida al infierno».

2

Yo era una persona de pocas palabras; con muy pocas personas me dejaba llevar y hablaba sin parar —como con Candace, por ejemplo—. Seleste, no

obstante, era muy diferente a mí en ese aspecto. Ella cotorreaba sin parar a mi lado mientras esperábamos que el pequeño avión tomara vuelo. No era un jet ni un avión privado, pero tampoco era largo y grande como los aviones de vuelos internacionales. De este lado del mundo eran las cuatro de la mañana. Yo estaba exhausta, mientras mi prima hablaba sola sin parar.

—... Y es fabuloso. Estará tan hermosa el día de su boda que a todos se les caerá la baba. ¿Crees que en mi boda yo estaré hermosa? Porque sé que aunque no será lo mismo puede ser una de las bodas más importantes, o sea: estoy saliendo con el primo del futuro rey. —Dejó salir una risita—. Aunque Lynn es mi amiga, no debería estar pensando en opacarla ni en el día de su boda ni en el mío, quiero decir, no debería estar pensando en tener una mejor que ella. ¿Puedes creerlo, Brendie? ¡Lynn será reina! Aún me es difícil creerlo. ¿Ya conociste a Alaric? Él será un gran rey...

Y bla, bla, bla. En cierto punto dejé de escucharla, coloqué los auriculares en mis orejas y la aparté de mi mente. Cuando me quedé sin batería aún quedaba una hora de viaje. Selesté, milagrosamente y gracias a la santa madre de Dios, no estaba hablando. Estaba mirando hacia afuera, por la ventanilla. No había mucha gente en el avión, pero la poca que había estaba con los ojos cerrados. Me preguntaba si habían escuchado las palabras de mi prima con más interés de lo que yo lo había hecho.

—¿Quiere algo para tomar señorita Morel? —preguntó la azafata.

Pensé que se estaba dirigiendo a Selesté, pero, cuando giré a verla, me di cuenta de que se estaba dirigiendo a mí y esperaba mi respuesta con una sonrisa cordial. ¿Por qué me había llamado «señorita Morel»? Mi primer apellido era Thomas, no Morel.

—No, gracias. —Agradecí negando con la cabeza.

Tenía hambre, pero no quería comer dentro del avión, quería llegar a donde fuera que me quedaría, comer algo, darme una ducha y dormir el resto del día.

—¿Cómo está Nueva York? —preguntó Selesté esbozando una sonrisa.

—Eh... Está bien.

—¿Cómo están tus padres?

—Ellos están bien.

—¿Candace?

—Igual.

—No vas a conversar conmigo, ¿verdad? —preguntó resignada.

—No —respondí escueta.

Ella no entendía que no quería hablar. No con ella, no con nadie. Por lo menos no con nadie de las personas que me rodeaban. Si pudiera haber llamado a Candace lo hubiera hecho, pero lo que menos quería era provocar una interferencia en las máquinas del avión y que tuviéramos un accidente. Exagerada, ¿verdad? En realidad no me importaba, solo estaba buscando una excusa para no llamarla. Además de que no habría señal, ella estaría durmiendo.

Cuando el oficial de vuelo avisó que aterrizaríamos en algunos minutos,

Seleste chilló emocionada, provocando que volteara a verla con el ceño fruncido. ¿Qué demonios...?

—Ven aquí, te maquillaré un poco antes de aterrizar.

—No hay manera en el infierno que haga que me maquilles —repliqué al instante.

Estaba loca si pensaba que la dejaría poner sus manos encima de mi cara lavada. Odiaba el maldito maquillaje.

—Mi tía me dio explícitas órdenes de que te convirtamos en una señorita. Sin maquillaje no eres una y no creo que quieras que los reyes de Goldenwood te vean..., bueno... —Me dio una mirada de pies a cabeza, haciendo una mueca—. Así.

Apreté mis dientes con fuerza. ¡Maldición! Si por mí fuera haría presencia delante de los reyes en ropa interior, pero tampoco quería que mis padres me exiliaran *de nuevo* a un lugar al que directamente no conociera en lo absoluto. Dándome por vencida, dejé salir un suspiro mientras cerraba los ojos y asentía afirmativamente. De todas formas, Seleste iba a insistir en maquillarme hasta que cediera, y probablemente no me dejaría bajar del avión hasta que hubiera cumplido con su cometido.

Dejó salir otro chillido y sacó un par de cosas de su bolsa. Primero puso rímel en mis pestañas y luego pintó mis labios con un brillo rosado. Quiso aplicar un montón de cosas más, pero cuando vio que estaba —más o menos— echando fuego por los ojos, guardó su utilería de nuevo en su bolso con un mohín.

Entonces, ¿qué podía decir del estado encantador en el que estaba a punto de pisar con mis propios pies? Bueno, para empezar, no tenía ni la menor idea de por qué se llamaba así; sabía que había un motivo pero nunca me había preocupado por saberlo. En Goldenwood el idioma oficial era el inglés, pero el francés y el italiano también se hablaban bastante. Según había entendido las pocas veces que escuché sobre el estado dorado, a pesar de ser una república, Francia era quien mejor relación tenía con los reyes de Goldenwood.

En el aeropuerto había un hombre vestido con un traje negro y gafas de sol cubriendo sus ojos. El auricular color piel que estaba en su oreja no pasaba desapercibido; supuse que era algún agente de seguridad que venía por nosotras. No era una idea que me fascinara, pero Seleste vivía en el castillo con personas de la realeza y yo no podía elegir irme caminando. Además de que sería de mala educación, no conocía el camino. No quería perderme el primer día.

Nos saludó moviendo levemente la cabeza y tomó nuestros bolsos. Estaba segura de que el mío era liviano porque había podido cargarlo sin problemas, pero no estaba tan segura del bolso de mi prima. En ese caso, pobre hombre.

En un coche negro marca Audi transcurrió el camino hacia el castillo. El hombre de negro se había sentado del lado izquierdo, mientras que en el lado derecho había otro hombre vestido de igual manera al volante. Eso me hacía pensar en mi licencia de conducir; si era una inútil manejando un auto cuando el volante estaba del lado izquierdo, no me quería imaginar cómo sería hacerlo del

lado derecho con los carriles de las calles cambiados.

Goldenwood era un lugar muy verde y colorido. Todas las casas —mansiones en su mayoría— tenían grandes jardines delanteros adornados con flores de distintos tamaños y colores. Estaban todas rodeadas por césped y grandes cercas, y casi todas tenían vehículos lujosos estacionados al costado de la acera, evidencia de que eran familias adineradas. Seguramente esta parte no era la de los pobres.

Me preguntaba si realmente había pobres en Goldenwood.

En algún momento del viaje nos detuvimos frente a un gran portón de reja negra. Era enorme y estaba entre dos muros de ladrillos grises de tonos variados, se asomaban por encima de él las copas de los árboles del que rodeaba todo el terreno. Luego de unos segundos, el portón se abrió y el coche entró a poca velocidad.

Sin poder evitarlo, miré por la ventanilla las grandes praderas que se extendían a los costados. Cuando me acomodé un poco en la parte de atrás para mirar hacia adelante, me encontré con la cosa más gigante que vi en mi vida: el castillo.

En realidad lo recordaba mucho más grande, pero eso era porque era muy pequeña la última vez que había venido a este lugar. Había gente por todos lados cerca de este, una gran hilera de coches estacionados, adornos florales en las veredas y una fuente en el medio. Era magnífico. El castillo evidentemente era viejo, hacía años que había sido construido, pero algo en él lo hacía ligeramente moderno, como los grandes ventanales que había en buena parte de su fachada.

Cuando el auto estacionó y pude bajarme, ni siquiera tuve un momento para apreciar todo con detalle, ya que Seleste me agarró la mano y arrastró hacia un costado del castillo.

—¿Hacia dónde me llevas? —pregunté con fastidio.

—Mmm... Yo debo hablar con alguien antes de que entres al castillo. No puedes esperar sola en la entrada, sino todas las criadas te matarán a preguntas al igual que toda la chusma que tiene permiso para entrar. Será mejor que esperes en el patio trasero.

¿Criadas? ¿Chusma? Ah, claro. Era mi prima la refinada y nieta de un duque quien estaba hablando, no la humana humilde que existía dentro de ella. Si mi madre la hubiera escuchado le habría lanzado la más intimidante de sus miradas.

Un momento después, estábamos en el patio lateral. Era enorme, un gran paraíso verde. No me quería imaginar cómo era la parte trasera. Cerca de dos grandes puertas dobles había otra fuente con una pequeña cascada y dos bancas en forma de media luna rodeándola.

—Espera aquí. El desayuno será servido dentro de poco —dijo y soltó mi mano al tiempo que se dirigía hacia adentro.

—No hace falta, ¿puedo ir directamente a dormir? —pregunté con cansancio.

—No —respondió sin mirarme.

Dejé que un suspiro se me escapara, mientras volteaba a seguir observando

el jardín lateral. Pasando la fuente de color blanco se encontraba lo que lucía como esos típicos cuartos donde se guardaban los utensilios para hacer jardinería, pero esto era mucho más extraño, ya que era, literalmente, un cubo de ladrillos rojos. Había un portón alto de metal negro, que parecía que había sido pintado hacía poco tiempo, pues el color brillaba con el reflejo de sol. La cerradura tenía un candado grande y oxidado. No sabía qué había allí, pero me encontraba caminando hacia ese lugar a paso lento. Era como si todo el malhumor que tenía acumulado de horas antes se estuviera esfumando a poca velocidad y todo el fastidio que tenía por mi prima se estuviera desvaneciendo. No entendía nada, solo que mis ojos estaban conectados al portón y mis pies no escuchaban mi cabeza, actuaban por cuenta propia.

Estaba raramente hipnotizada con ese lugar; quería saber qué había allí adentro.

—Disculpa —llamó una voz con acento inglés pero un tanto afrancesado detrás de mí, haciéndome girar en un respingo y jadeos—, ¿qué haces aquí?

Un muchacho bastante alto se encontraba a unos metros de mí con el entrecejo levemente fruncido. Su cabello rubio estaba peinado hacia arriba, más largo en la parte de arriba y más corto en los costados. Tenía una fuerte línea ósea que llamaba la atención. Sus ojos verdes musgo me miraban con confusión y vestía pantalones beige, una camisa blanca con los primeros dos botones desabotonados y las mangas dobladas apenas cubrían sus codos. También llevaba mocasines negros.

—Estoy esperando a mi prima, me dijo que la espere aquí —respondí.

—Ah... —sonrió de manera ladeada hasta quedar frente a mí—. ¿Apreciando el Bosque Dorado?

Su vista estaba clavada detrás de mí. Volví a girar sobre mis talones, observando el mismo lugar que me tenía hipnotizada un momento atrás.

—¿Bosque Dorado? —susurré.

—Sí —dijo con una risa contenida—, mitos y leyendas.

Asentí, aún con mi vista pegada a la reja negra que parecía de siglos atrás. Nunca se me había pasado el malhumor tan rápido en toda mi vida. En un momento había sentido que se estaba disipando con lentitud, pero luego fue como si pudiera sonreír sin tener la horrible sensación en mi pecho de que estaba traicionando mi malhumor.

—Por cierto —musitó el atractivo y extraño joven atrayendo mi atención hacia él—, ¿quién eres?

—Brenda Thomas. Aunque desde que pisé el avión en París a la gente le ha dado por llamarme por el apellido de soltera de mi madre.

Quiero decir, en mi identificación decía Brenda Eloïse Thomas-Morel, pero nadie, y me refiero a absolutamente *nadie*, me llamaba así.

Los ojos del rubio se abrieron de par en par al igual que su boca. Enarqué una ceja frente a su extraña reacción y eso fue suficiente para que él volviera sus facciones a la normalidad y apretara sus labios para formar una fina línea.

Sacudió su cabeza ligeramente y luego me brindó una sonrisa.

—Un placer. Yo soy Evan Bourque.

Fue mi turno de mirarlo con genuina sorpresa.

—Cielos, lo lamento. ¿Debería hacer una reverencia o algo?

Él era el príncipe menor de Goldenwood; su hermano Alaric era el futuro rey y esposo de Lynn. Dios mío, no tenía idea de qué hacer frente a él. Sabía que cuando era pequeña y vine a este lugar lo había conocido, pero el recuerdo en mi mente era nebuloso. No lo reconocí por su nombre de pila, sino por su apellido.

Los Bourque fueron los fundadores del estado siglos atrás, por lo tanto eran los gobernantes proclamados. Eran conocidos por tener primogénitos varones, por lo que nunca tuvieron problemas a la hora de tener herederos; sus esposas, por más que rezaban día y noche y a cada Dios que se les ocurriera, nunca tenían una hembra como primogénita. Siempre eran hombres. Los Bourque actuales tenían una mujer, pero era la menor de los hermanos. Me parecía creer que era menor que yo, pero no estaba segura.

El príncipe Evan se echó a reír por mis expresiones y mis palabras.

—No te preocupes, si mal no recuerdo tú eres una invitada aquí, así que no debes tratarme de ninguna manera especial y tampoco debes llamarme príncipe. Algunos de mis amigos me llaman Sid, pero prefiero que me llames Evan a secas.

—Trato hecho, príncipe —bromeé—. ¿Por qué Sid? —pregunté con curiosidad.

—Mi segundo nombre es Sidney.

Esnifé una risa y tapé mi boca con mi mano, con cuidado de no llenar mi palma con el pegajoso brillo labial que Seleste me había aplicado. Evan observaba a sus pies mientras sonreía avergonzado.

—Bueno... —aparté la mano de mi boca y seguí sonriendo—. Mi segundo nombre es Eloïse.

—¿En serio? —levantó la mirada mientras sus ojos relampagueaban con diversión.

—Sí, lo odio. Mi madre siempre me llama así —fingí un escalofrío.

Él volvió a reír y guardó sus manos dentro de los bolsillos de su pantalón.

—El peor es mi hermano. Su segundo nombre es Denis.

Dejé escapar unas cuantas carcajadas cuando escuché eso. Pobre hombre, debe ser devastador que te llamen así luego de *Alaric* que es un nombre tremendamente masculino. No podía dejar de reír y el príncipe Evan estaba haciéndolo conmigo. Había algo en él que me inspiraba confianza cuando recién lo estaba conociendo. En mi mente él era un príncipe petulante, arrogante y caprichoso como Joffrey de *Juego de Tronos*. Pero ahora que lo estaba conociendo demostraba ser lo contrario.

Cuando nuestras carcajadas estaban cesando, una suave campanada llamó

mi atención.

—El desayuno está listo —me ofreció su brazo—. ¿Vienes?

Quizá fue su sonrisa seductora y el hecho de que era extremadamente amigable... O tal vez era porque mi estómago estaba rugiendo del hambre y de veras necesitaba alimento, pero tomé su brazo sin dudar.

Se notaba que él estaba muy bien acostumbrado a caminar por estos pasillos que para mí eran totalmente desconocidos. Me guió en un cómodo silencio hasta una sala con una larga mesa en el medio, aunque no tan larga como la que suponía que estaba en el comedor real. Había ocho sillas alrededor y dos de ellas estaban en las cabeceras.

El príncipe Evan me llevó hasta uno de ellos y me abrió la silla del medio para que tomara asiento. Luego de agradecerle, me senté y miré el plato que tenía frente a mí, vacío, pero tan lujoso que podría haberme quedado viéndolo todo el día. Tenía dibujos raros y delicados sobre un fondo blanco.

—Lo servirán pronto —musitó llamando mi atención. Levanté mi mirada y le di una pequeña sonrisa. Estaba sentado justo delante de mí—. ¿Tienes hambre?

—Estoy muriendo de hambre —admití sin vergüenza.

Él rio entre dientes.

—Yo también.

Unos tacones haciendo contacto con el suelo comenzaron a acercarse a paso firme. Ni siquiera me di cuenta de que eran más de un par hasta que Seleste apareció con Lynn detrás de ella. En silencio, mi prima se sentó a mi lado derecho y su amiga al lado izquierdo de Evan. La castaña me dio una sonrisa cálida.

—Tanto tiempo sin vernos, Bren. ¿Cómo estás? —preguntó con su voz melódica.

—Estoy bien. Cansada, pero no es algo que no pueda remediar.

Dejó escapar una suave risa.

—Se nota en tu cara, linda. Pero luego de tener algo en tu estómago puedes dormir todo lo que quieras.

Le devolví la sonrisa y asentí.

Lynn y Seleste se conocían desde hacía algunos años. Me hacían acordar a Blair Waldorf y Serena Van Der Woodsen de *Gossip Girl*, pero menos perras. Seleste era rubia hueca y Lynn demasiado buena para ser verdad. Tenía un aura de tranquilidad y bondad que la rodeaba, era la persona más dócil que conocía y la más gentil también. Nunca la había escuchado gritar ni discutir con alguien, siempre era pacífica y serena. Ahora estaba vestida con un vestido floreado y accesorios de plata y oro adornando su cuello y orejas. Su cabello castaño recogido a la mitad y puntas rizadas. Al contrario de su mejor amiga, ella apenas si portaba maquillaje. Siempre me agradó Lynn.

—¡Jacqueline Lèa Bourque! —gritó una mujer, lo que nos hizo sobresaltar a todos—. Baja a desayunar ¡ya mismo!

Seleste, Evan y Lynn rieron entre dientes. Jacqueline me sonaba a que era la

menor de los Bourque.

—¡Maldición! —Se escuchó una exclamación proveniente de una voz diferente.

Luego, una adolescente de, por lo menos, dieciséis años apareció en el comedor echando humo por las orejas. Tenía una expresión de cansancio y enojo en sus ojos celestes y su cabello castaño claro estaba recogido en un moño despeinado. Lo más sorprendente de todo, era que aún llevaba puesta su pijama. Una camiseta de tirantes y un simple pantalón corto de conjunto, todo en una suave seda rosa. Iba descalza, sin siquiera calcetines cubriendo sus pies. Tomó asiento a mi lado y bufó.

—Buenos días, Lèa —saludó su hermano con una sonrisa divertida.

—Vete a la mierda, Sidney —respondió ella.

Él la fulminó con la mirada mientras las otras dos reían. Yo sonreí; presentía que esta muchacha me caería bastante bien.

—Parece que no soy la única que quiere seguir durmiendo —comenté con diversión.

Ella volteó a verme con fastidio, pero la expresión se convirtió en confusión al instante.

—¿Tú quién eres?

Me encogí de hombro a su comentario.

—Brenda Thomas.

Los ojos de ella se abrieron en sorpresa y me dio una sonrisa mostrando sus dientes.

—Tú eres la chica de Nueva York.

—La misma.

Extrañaba mi hogar y ni siquiera había pasado un día entero fuera de allí.

Jacqueline asintió y volvió su vista al frente, al mismo tiempo en que Alaric entraba al comedor seguido de dos personas mayores, los que supuse eran sus padres... los reyes de Goldenwood.

El rey Richard era una copia de Alaric y Evan, pero en grande. Tenía los ojos verdes y el cabello rubio, de línea ósea fuerte y rasgos rudos y suaves al mismo tiempo. Muy alto y esbelto. La reina Lucinda era la de los ojos celestes y cabello castaño, con una mueca de desagrado permanente en sus labios y nada de felicidad en sus ojos.

El rey tomó asiento en la cabecera con la reina a su izquierda, y Alaric se sentó en la cabecera opuesta. La reina Lucinda, apenas estuvo acomodada, regañó a su hija con la mirada. Era extraño, porque era como si ella hubiera sido hermosa algunos años atrás... Como cuando uno mira a su abuela y piensa «de joven seguro rompió algunos corazones», con la diferencia de que la reina Lucinda no tenía más de 50 años.

—Buenos días a todos y perdón por la tardanza. —Se disculpó el rey—. Brenda, bienvenida seas a Goldenwood —sonrió con amabilidad—. Espero que

disfrutes tu estadía. Puedes consultarme lo que sea, y si yo no estoy disponible puedes hablar con cualquiera de mis hijos o mi esposa, Lucinda. ¿De acuerdo?

—Sí, gracias.

—¿Cuántos años tienes, querida? —preguntó la reina.

¿Era raro que ella me diera mala espina? ¿O yo era demasiado taciturna? Porque escupió la pregunta como si se lo estuviera preguntando a alguien con quien realmente no quería estar relacionada.

—Cumplí 18 hace dos meses.

El rey frunció el ceño, como si estuviera perdido.

—Pensé que eras mayor de edad.

Enarqué una ceja.

—Lo soy.

Silencio. Pasaron unos segundos en los que todos se miraban entre todos. ¿Acaso no me creían que tenía 18? Había sido glorioso alcanzar la mayoría de edad. Conseguir identificaciones falsas para entrar a los bares de Nueva York era mucho más fácil y ni hablar cuando quería comprar una cerveza.

Lynn rio en voz baja un momento después.

—En Estados Unidos eres mayor de los dieciocho. Aquí, en Goldenwood, no eres considerada adulta hasta que no cumples los 21, Brenda.

Creo que mis hombros cayeron al piso.

—¿En serio? —susurré, consciente de que nadie me había escuchado.

—Aquí es al revés —murmuró Jacqueline en mi oído. La miré sorprendida y ella me dio una sonrisa pícara—. La mayoría de edad es a los veintiuno, pero la edad para tomar y salir es a los 18. Lo sé, estúpido, ¿verdad? —rio en voz baja—. ¿Qué día de marzo cumpliste los años?

—14 —respondí, omitiendo hacer algún comentario sobre el pequeño pedazo de información que acababa de adquirir.

Sonrió con emoción y asintió con su cabeza.

—Yo cumplí 16 el 12.

Y ahora casi que compartía mi cumpleaños con una princesa.

Un momento después, varias personas con uniformes blancos y azules y bandejas con comida en sus manos hicieron una entrada coordinada. Colocaron las bandejas en la mesa y, luego de hacer una reverencia, se retiraron. Nadie hacía amague de atacar la comida que nos habían puesto enfrente y tenía que admitir que se veía deliciosa para estar conteniéndose. Mi estómago estaba esperando ansioso.

—Buenos días, familia Bourque y compañía —un hombre calvo y de tez morena saludó entrando un segundo después—. Hoy día Nenna y Ninni les servirán.

Como en señal, dos muchachas con el mismo color de piel que el hombre — y caras tan parecidas que supuse que eran hermanas—, entraron con una sonrisa. Primero sirvieron al rey y a la reina, luego a Alaric y a Lynn. Jacqueline

y Evan vinieron después y, por último, Seleste y yo. Se retiraron con una reverencia también, junto al señor que las presentó. Vaya, todo el sistema que tenían para solo una comida en el día...

Mientras comíamos, un teléfono comenzó a sonar. Yo estaba muy entretenida con la exquisitez que estaba ingiriendo como para darle importancia o escuchar las conversaciones ajenas a mí, así que solo seguí enfocada en lo que estaba haciendo.

—¿Hola? —«Ah, era el celular de Seleste», pensé con desdén—. Oh, hola... Sí, todo está bien... Uh, sí... No, aún no sabe nada y no creo que lo haga por ahora. Hay una fecha estipulada para eso... —No volteé a mirarla, pero se me ocurrió que sonaba como si estuviera hablando de negocios—. Estamos desayunando... Bueno, adiós.

Un momento después de que hubo terminado la llamada, mi celular comenzó a sonar. Como ella no había pedido permiso yo tampoco lo hice. Saqué el teléfono del bolsillo trasero de mi odioso pantalón blanco y observé la pantalla con una sonrisa; era Candace.

—Hola tú.

—¡Hola Bren! ¿Cómo estás?

Podía sentir su emoción desde aquí.

—Estoy bien, desayunando —dije antes de meter un pedazo de lo que fuere en mi boca.

No conocía nada de lo que estaba comiendo, pero me encantaba. Era de ese tipo de persona que le gustaba cualquier tipo de comidas y no discriminaba a la hora de comer. Era de metabolismo más que rápido.

—¿En serio? ¿Qué hora es allí

—Son casi las ocho de la mañana. ¿Qué hora es ahí? —pregunté luego de tragar.

—Son las dos de la mañana —musitó seguido de un bostezo.

Mis cejas se alzaron por la sorpresa. Dejé el tenedor al lado del plato y apoyé mi espalda en el cómodo respaldo de la silla, descansando mi brazo libre sobre mi estómago regocijado. Por inercia, mi mirada se levantó y me encontré con Evan cabizbajo tratando de ocultar una sonrisa que estaba creciendo en su rostro, mientras revolvía la comida con su tenedor.

—¿Por qué no estás durmiendo?

Él no era el único. Recorrí con mi mirada el resto de la mesa y todos estaban o mordiendo sus labios para no sonreír o sonriendo ligeramente. Incluso el rey. La reina, sin embargo, era la única que me estaba fulminando con la mirada. No, mejor dicho, estaba disparando cuchillos con los ojos hacia mi dirección.

—Porque estaba esperando poder hablar contigo antes de dormir. ¿Es lindo allí?

—Lo es. En realidad no he visto mucho aún.

Candace bostezó de nuevo antes de volver a hablar.

—Bien. Espero que puedas enviarme fotos. —Y otro bostezo.

—Sí. Ahora ve a dormir antes de que me contagies tus bostezos —reí entre dientes.

—Dime que me quieres y lo hago.

Puse los ojos en blanco al instante; era de esperarse.

—Si lo hago, cortaré justo después.

—Me conformo con eso. Adiós, te quiero.

—Yo también te quiero.

Y terminé la llamada como le había dicho. Luego agregué por lo bajo un *idiota* que parece que no había pasado desapercibido porque, como si fuera posible, los ojos de la reina Lucinda me fulminaron aún más. Ahora no estaban enviando cuchillos, sino dagas, sierras y serruchos.

Se levantó de un salto y negó con la cabeza en mi dirección.

—*Tu es l'une irrespectueuse*¹ —espetó con un francés muy fluido.

1 Eres una irrespetuosa.

Luego giró sobre sus talones y salió del comedor. ¿Por qué le parecía irrespetuosa? Selesté también había hablado por teléfono y a ella no le había dicho nada. Me encogí de hombros y dejé mi celular en mis piernas para poder tomar el tenedor y dar otro bocado de comida.

—Eso fue divertido —rio Jacqueline a mi lado.

Mastiqué, tragué y luego remojé mis labios. Estaba oficialmente llena.

—Jacqueline —trató de advertir el rey, pero estaba sonriendo, así que no le sirvió de mucho.

—¿Qué cosa? —pregunté de forma divertida.

—Tú hablando por teléfono —dijo en el tono de «es obvio»—. Mamá odia que la gente hable por teléfono en la mesa, más si es la primera comida del día. Fue divertido porque tú eres nueva aquí y ni siquiera preguntaste. —Volvió reír—. ¡Genial!

—Yo solo lo hice porque Selesté lo hizo. —Me excusé, apuntando a mi prima con mi pulgar.

—Pero yo... Eh...

—Ella recibió una llamada importante y le mostró quién era a Lucinda antes de contestar —explicó el rey aún con una sombra de sonrisa en sus labios.

Asentí y luego tomé un poco de leche. En un momento, cuando la comida se hubiera asentado en mi estómago, me iba a dar sueño y lo que iba a querer hacer era dormir. Bueno en realidad yo siempre quería dormir, el problema era que no lo conseguía en todos los lugares, como en el maldito avión.

—¿Te gustaría recorrer la ciudad un poco, Brenda? —preguntó el rey Richard con amabilidad.

—Oh, eso sería bueno pero estoy muy cansada. Me gustaría descansar —

respondí con educación.

Él asintió en señal de entendimiento y siguió con su desayuno.

—En realidad podríamos dar un paseo rápido antes de que duermas, ¿no te parece? —propuso Seleste apresuradamente. Yo negué con la cabeza, pero ella se levantó de la silla y me agarró del brazo levantándose con ella—. Sí, haremos eso. Le mostraré a mi prima su cuarto para que cambie su ropa y luego podemos salir. Con permiso.

Ni siquiera me dio tiempo de pedir permiso a mí, solo me arrastró con ella a donde fuera que estábamos yendo. Primero salió del castillo al patio trasero y luego caminó hacia el otro costado. No entendía hacia dónde me estaba llevando, pero después vi que había un sector apartado del castillo, adornado de la misma manera. Había varias puertas enumeradas y estas tenían largos espacios entre sí, con una parte del techo cubriendo la acera que rodeaba la construcción y columnas.

Me llevó a una que tenía el número 8 y entró rápidamente.

La habitación era enorme y mis bolsos ya estaban sobre la cama, lo que quería decir que dormiría ahí. Vaya, esto era gigante para solo una persona. La cama era lo que más llamaba mi atención, era de esas que tenían cuatro postes de madera en cada esquina y unas telas amarradas a ellos. A cada lado había una mesa de noche con una lámpara. Había una mesa con sillas, un sector con televisor pantalla plana y sillones, incluso, había una barra con banquetas; una puerta que demostraba ser el baño y otra parecía ser de un armario. Demonios, ese armario estaba lleno de ropa que odiaría y tendría que usar. También había un tocador con un banco y un gran espejo. En ese había diferentes cosas con las que podría maquillarme y peinarme de saber hacerlo.

—Brenda, ¿tienes novio? —preguntó Seleste abruptamente.

Giré para mirarla con evidente confusión.

—¿De qué estás hablando?

—¿Quién te llamó por teléfono hace un momento?

—Candace.

—No me estás mintiendo, ¿verdad? —increpó con desesperación.

—Sí. ¿Por qué me estás preguntando todo esto?

Me crucé de brazos

Suspiró y se sentó en la que ahora era mi cama. Rascó su frente y me miró insegura.

—¿Tienes novio? —preguntó con tranquilidad.

—Sí.

—¿En serio? —gimoteó.

—Sí.

Me miró con ojos de arrepentimiento, se remojó los labios, mordió su labio inferior, tomó un mechón dorado de su cabellera y lo giró en su dedo índice.

Esto me estaba sacando de quicio, de veras. Ella suspiró.

—Debes terminar tu relación con él, Bren.

—¿Por qué? —cuestioné con desdén.

No me importaba lo que ella dijera, no le haría caso. Ya demasiado con que iba a vivir en el otro lado del océano Atlántico y lejos de las personas que quería, no iba a hacer lo que ella me dijera.

—Porque... Porque... ¡Porque simplemente debes! Viniste aquí para separarte de Nueva York, si continúas la relación todo lo que tus padres están tratando de hacer por ti se irá por la borda.

—¿Y tú crees que a mí me importa lo que ellos están tratando de hacer por mí? —espeté—. Ellos quieren apartarme de mi origen, pues yo no. Por eso mismo no terminaré con una relación que me costó mucho.

También estaba el hecho de que ambos, Sean y yo, habíamos decidido tener un tiempo para pensar en lo que haríamos, pero eso no quería decir que todo estaba perdido y no estaríamos juntos nunca más. O por lo menos eso era lo que a mí me gustaba pensar. Además, ahora mis padres eran conscientes de que él era profesor en mi anterior preparatoria... ¡Demonios!

—Si no terminas tu relación con quien quiera que estés, entonces tendré que llamar a tus padres para que tomen medidas. Lo más seguro es que no vuelvas a América en mucho tiempo, así que no te esfuerces en mantener una relación a distancia cuando lo más sano sería dejarla.

La fulminé con la mirada; ahora sí estaba furiosa, ¡¿Cómo se atrevía?! Todo era tan malditamente injusto que me daban ganas de llorar, pero no. Por supuesto que no me quebraría frente a ella. Claro que no.

Cuando vio que no planeaba responderle y que solo deseaba quemarla con mis ojos, se levantó de la cama y pasó delante de mí hacia el otro lado, entrando al armario. Estuvo un momento allí haciendo el típico ruido que hacen las perchas sobre tubos de metal al deslizarse. Un momento después, salió con ropa en sus manos. Casi vomito cuando vi que había algo rosa allí.

—No tengo tiempo de buscar accesorios ahora, pero ponte esto y ve a la habitación 6, es en la que estoy yo. Allí haré algo con tu cabello para que podamos salir.

—¿Por qué no puedo ir como estoy? —pregunté con algo de fastidio.

En mi opinión, mi madre había hecho un buen trabajo eligiendo esta ropa y yo era muy difícil de complacer en ese sentido. Habitualmente siempre vestía de negro.

—Porque aquí en Goldenwood está prohibido usar tanta ropa negra. Solo usamos ropa negra cuando estamos de luto o de fiesta. Ya has visto que la ciudad es viva en colores, no puedes salir como estás vestida ahora, lo siento —dijo en ese tono que quería decir que no lo sentía en lo absoluto. Caminó hacia la puerta, la abrió para salir y volteó a verme con una sonrisa—. Te espero.

Me acerqué a la cama con algo de miedo. No sabía si la ropa tomaría vida y me convertiría en algo esponjoso como eran algunas chicas que iban a mi secundaria. Qué asco, todo de rosa. Esperaba que no toda la ropa que Seleste

hubiera comprado fuera así. Debería entrar al armario para comprobarlo...

Sin muchas vueltas, me saqué la ropa que tenía puesta y me puse la que me mi prima me dejó. Era un pantalón corto holgado, medio de color celeste pálido con rosas de rosas. Hacia arriba, era una camisa rosa pastel manga larga con botones esféricos color bronce. No estaba segura, pero creía que la camisa iba adentro del pantalón corto por todas las muchachas que había visto en mi ciudad vestirse así; insegura, lo hice. Luego me calcé los tenis blancos que eran como si no me hubiera puesto nada. La tela era súper fina y la suela también.

Tomé mi celular del bolsillo de mi pantalón blanco y lo guardé en el short, lista para enfrentar el infierno de entrar a la habitación de mi prima Seleste. Cuando entré, ella estaba frente al espejo de un tocador igual al mío planchando sus hebras doradas. Uno pensaría que ella ya estaba lista para salir hace horas, pero ahora estaba vestida diferente, con un vestido color verde.

Su cuarto tenía dimensiones semejantes al mío, con la excepción de que el de ella mostraba cosas que lo hacían de ella. Adornos, afiches, fotos, entre otras cosas.

—¡Allí estás! —exclamó cuando me vio—. Entra.

Cerré la puerta y apenas me adentré un poco más en el lugar. Casi pegada a la pared me crucé de brazos.

—Oh, supiste cómo poner la camisa —comentó con asombro cuando giró a verme.

—Seré un desastre para vestirme, pero no soy una ignorante. He visto cómo las chicas visten en esta generación.

—Bien. Ahora ven aquí. —Se levantó y palmeó el banco— Así podré hacer que estés aún más presentable.

Poniendo los ojos en blanco, hice lo que me indicó. Cuanto más rápido termináramos con esto, mejor. Seleste desató la banda que sujetaba mi cabello y la dejó en el tocador, luego tomó un cepillo y comenzó a desenredar. ¡Joder, eso sí dolía! Tenía el pelo muy enredado y ella me estaba cepillando como si fuera una salvaje.

—¡Auch! —Me quejé—. ¿Puedes ser un poco menos bruta? Vas a dejarme pelada.

—¡Oh, chica! Necesitas un corte inmediato, tus puntas están hechas un desastre. Tienes suerte de que no sepa cómo hacerlo, sino ahora tendrías el cabello por los hombros.

Mi pelo me daba lo mismo, ¡solo quería que dejara de lastimarme!

Luego de castigar mi cuero cabelludo, Seleste pudo tenerlo desenredado. Agarró la plancha de pelo y lo alisó completamente con rapidez, ya que era extremadamente fino. Luego hizo algo raro: separó un mechón de abajo y lo dejó suelto, puso una banda para pelo muy gruesa y lo sujetó. Hacía movimientos raros y aunque la estaba viendo por el reflejo del espejo no podía lograr entenderlo, solo me llamaba la atención la expresión de concentración que teñía su rostro.

—Listo. Tu cara está bien, así que no hace falta más maquillaje. Tal vez quieras ponerte estas gafas de sol para que la gente no vea tu total expresión cuando vas por la calle. Todos lo hacemos.

Me dio unos que eran de marco blanco y espejos negros. Dio media vuelta y vi que entró a su armario. Observándome mejor en el espejo, vi que me había hecho un rodete con una trenza rodeándolo. Vaya, no tenía idea de cómo lo había logrado, pero no estaba nada mal.

Unos minutos después estaba sentada en la parte de atrás del auto del príncipe Evan. Jacqueline estaba sentada en el lado del copiloto mientras él manejaba. Seleste estaba con su novio en el auto del príncipe Alaric y Lynn; en otro coche iban guardias de seguridad.

—¿Estás emocionada? —preguntó la menor de los Bourque, arrodillándose en su asiento para girar a verme con una sonrisa en sus labios—. Goldenwood es hermoso en esta época del año.

—En realidad solo quiero terminar este paseo lo más rápido posible para volver a mi habitación y acostarme a dormir —musité con un encogimiento de hombros—. Sé que es muy lindo, vi un par de casas en el viaje al castillo.

Ella me miró divertida.

—Eres muy honesta. Me gusta.

—¿Gracias?

—¡Cuando quieras! —rio antes de darse la vuelta y sentarse bien. Luego se asomó por el costado de su asiento—. Por cierto, llámame Jackie.

Asentí con mi cabeza pero no dije nada más.

—Déjala respirar, Jackie —rio Evan.

—Vete a la mier...

—Sin maldiciones en mi auto, por favor —interrumpió su hermano.

Ella rodó sus ojos y volvió a sentarse bien en su lugar.

Un momento después, el príncipe estacionó y bajó del auto. Jackie y yo lo imitamos, colocándome los anteojos de sol antes de salir. No pude evitar girarme hacia todos lados cientos de veces, me sentía fuera de lugar por ser la única extranjera. Había muchísima gente en el centro de la ciudad y en su mayoría estaban vestidos con colores pasteles, suaves y coloridos, pero no de esos que te escocían los ojos con una sola mirada.

—Muchachas —musitó Evan ofreciendo ambos brazos.

Jackie se prendió de su brazo derecho y me miró con una sonrisa antes de hacer un ademán con su cabeza hacia el otro brazo de su hermano. Lo tomé insegura, sintiéndome un enano. No me creía de baja estatura, pero al lado de los hermanos Bourque seguro lo parecía.

Alaric, Lynn, Seleste y su novio iban adelante, se reían de quién sabe qué. Había guardias alrededor. Comenzamos a recorrer el lugar mientras Jackie y Evan hacían comentarios que me hacían reír, por ejemplo, criticando la vestimenta de algunos ciudadanos que parecían payasos. Algunas mujeres necesitaban de una Seleste Girard en su vida, como yo la tenía.

3

Los siguientes tres días los pasé encerrada. Salía por las tardes a recorrer el castillo y nadie me lo impedía, solo paseaba por los pasillos solitarios y caminaba por los grandes jardines. Los Bourque me permitieron desayunar, almorzar y cenar en mi habitación a solas, ya que aún estaba afectada por el jet lag e ingería las comidas con diferentes horarios. De a poco me iba a acostumbrando, pues Nenna siempre me despertaba a la hora promedio en que todas las demás personas lo hacían.

Sean aún no me había llamado y eso me tenía bastante decaída. No sabía si nuestra relación podría seguir adelante o quedaría estancada en esa llamada de despedida en el aeropuerto de Nueva York. Estaba segura de que seríamos capaces de continuar con la relación si nos lo proponíamos, pero todo recaía en él, pues había sido su idea tomarnos un tiempo para pensar y debía ser él quien hiciera la primera llamada. Si fuera por mí, yo ya la hubiera hecho y hubiéramos tenido una conversación vía Skype.

En una de mis múltiples caminatas por el castillo, escuché conversaciones entre la reina y el rey. No me permitía quedarme a oír, pero siempre eran sus voces. Personalmente, no entendía cómo el rey Richard podía soportar a alguien tan frívolo como la reina Lucinda.

El cuarto día, sin embargo, no pude elaborar la misma rutina. Luego de que Nenna hubiera retirado la bandeja de desayuno, Seleste entró a mi habitación con un chillido.

—¡Buenos días, prima pequeña!

—¿Qué quieres? —pregunté con desdén.

Aún estaba de pijama y pretendía mirar alguna película. No estaba en mis planes que mi prima irrumpiera en mi nueva habitación. En lo absoluto.

—Hemos sido invitadas junto con los Bourque a un club privado —expresó con emoción—. ¿No es genial?

—No lo sé. ¿Lo es? —estaba hablando con aburrimiento para que captara que no tenía ganas de hacer nada ni hoy ni nunca.

—Sí. —Cerró la puerta—. Ahora te pondrás un bikini, un lindo vestido y estarás lista para salir.

Como era de esperarse, entró al armario y comenzó a rebuscar. Hablando del armario, todavía no había comprobado que toda la ropa no fuera rosa.

Salió de allí con un vestido celeste claro y sandalias de plataforma blancas. Iba a negarme —como siempre—, pero ella sacudió su cabeza antes de que pudiera pronunciar palabra. Como me había dado una ducha la noche anterior, solo me puse el maldito vestido mientras ella reparaba en una revista del lote que Nenna dejaba todas las mañanas. Yo le había dicho que no hacían falta, ya

que yo no las leía, pero ella afirmó que eran órdenes de la reina y no podía desobedecer.

—¿Cómo demonios se ponen estas cosas? —pregunté tratando de descifrar cómo poner mis pies dentro de esos zancos.

Seleste se echó a reír y se acercó a socorrerme. Las sandalias no eran demasiado empinadas, pero tenían bastante plataforma, lo que quería decir que me harían más alta y me sería difícil caminar. Solo había usado tacones un par de veces cuando mamá me llevaba a alguna cena importante en el club del que ella era socia. No era buena, aunque sabía cómo disimularlo bastante bien.

Sujetó mi tobillo y lo pasó por adentro de la sandalia, luego agarró las tiras que quedaban sueltas y las ató alrededor de él.

—Ahora intenta hacerlo tú sola con el otro pie —ordenó.

Hice lo que me dijo e imité sus movimientos anteriores. Metí mi pié en la sandalia y luego até la tira que quedaba suelta alrededor de mi tobillo. Vaya, finalmente no era tan difícil. Seleste estiró su mano para ayudarme a levantar. Con su ayuda, agarré su mano y me impulsó hacia arriba, esbozando una sonrisa cuando nuestros ojos se encontraron a la misma altura.

—Genial, ahora déjame hacer que tu cabello luzca más prolijo y presentable.

Caminé hacia el tocador con la poca confianza que me quedaba. Mi prima no hizo ningún comentario, así que supuse que no lo había hecho tan mal como yo pensaba. Me senté frente al gran espejo y ella se colocó detrás de mí. Esta vez le costó menos trabajo desenredarlo. Cepilló y usó la plancha de pelo para emprolijar mis ondas. Luego me perfumó, aplicó rímel y dejó el resto de mi cara libre de maquillaje.

Me dio un bolso pequeño que tenía un lazo largo y me la colgué al estilo bandolera, guardando en ella mi celular y un poco de los euros que me habían otorgado el primer día. Cuando salimos de la habitación, los tres hermanos Bourque estaban afuera con Lynn. A mi lado, Seleste dejó salir un suspiro que pareció desalentador, algo que era muy extraño en ella.

—¿Por qué ese suspiro? —pregunté a regañadientes.

—Marco. Él dijo que vendría. Parece que nunca tiene tiempo para mí últimamente. —se cruzó de brazos y su labio inferior se curvó ligeramente.

—Tal vez esté trabajando, Sel.

Giró a mirarme con una cara de pocos amigos.

Oh, vaya.

—Él es el primo de los Bourque y trabaja en el mismo lugar que Alaric. ¿Tú ves a Ric en su oficina?

Como una tonta, giré a ver al príncipe mayor, quien se encontraba abrazando las caderas de su futura esposa mientras se daban besos y sonreían. Cuando volví a ver a mi prima, ella lucía un tanto triste.

—Oye, quizá haya una razón, ¿sí? Diviértete ahora y luego puedes llorar tranquila o, mejor, conversar con él, pero por ahora no te desanimes. —Puse una mano en su hombro con torpeza.

Se giró para verme con una expresión de incredulidad en su rostro, aunque después me brindó una ligera sonrisa.

—¿Tú dándome consejos a mí? —preguntó retóricamente—. ¿Quién lo hubiera pensado?

Solo le di una sonrisa.

—¡Vamos, chicas Morel! —exclamó Jacqueline—. ¡Queremos largarnos de aquí!

Seleste y yo reímos, dirigiéndonos hacia ellos. Mis pasos todavía eran torpes, así que caminé de manera lenta, causando otras risas. Entretanto, los demás se acercaban a los coches, el príncipe Evan me esperó.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó divertido.

—La única solución sería quitarlos, pero un poco de ayuda sería muy bien recibida —reí entre dientes.

Ofreció su brazo izquierdo con una sonrisa y me sujeté de él con confianza, pues era eso lo que él me inspiraba. Ahora, con estos tacones, tenía su misma altura y podía caminar con un paso más ágil teniendo su cuerpo pegado al mío. Ese pensamiento provocó que me sonrojara; Evan era muy atractivo y una parte de mí tenía debilidad por sus buenas pintas, pero debía recordar el hecho de que había otro hombre esperándome en mi verdadero hogar, uno con el cual todavía no tenía las cosas resueltas.

Hicimos el viaje de la misma manera que la vez anterior. La menor de los Bourque dijo que no haría un viaje silencioso otra vez, así que conectó su celular al equipo de música.

A causa del poco tránsito ese día en Goldenwood, llegamos antes de lo esperado al club privado. Había autos por demás y gente por doquier, pero no me dejé intimidar. El príncipe nos escoltó hacia adentro. Un hombre estaba controlando la entrada y Evan no parecía siquiera amagar para detenerse y mostrar su identificación; después de todo, él era el príncipe del lugar. El hombre nos detuvo de todas maneras.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Jacqueline.

—Ustedes pueden ingresar, pero ella no. —Me apuntó con su índice—. No si no es socia.

—Disculpe, pero fuimos invitados y ella viene con nosotros —aclaró Evan.

—No me importa. No es socia, no entra.

El príncipe iba a volver a decir algo, pero su hermana levantó la mano y luego subió sus gafas de sol hasta su coronilla, regañando con la mirada al hombre que era, por lo menos, veinte años mayor que ella. De cualquier manera, eso pareció intimidarlo sutilmente.

—Está ofendiendo a mi amiga, a mi hermano y a mí. La señorita Morel ha viajado desde América para pasar un buen rato y usted se lo está obstruyendo. Así que, por favor, hágase a un lado y déjenos pasar —musitó con voz firme y tranquila al mismo tiempo, sonando más madura.

El aludido abrió los ojos cuando ella mencionó mi apellido y se corrió al

instante, murmurando un «lo siento» por lo bajo. Cuando estábamos lo suficientemente lejos de allí, Jacki y Evan comenzaron a reírse entre sí. Yo todavía estaba confundida.

—¿Por qué todo el mundo reacciona de esa manera cuando escuchan mi segundo apellido? —pregunté ignorando sus risas.

Evan se puso algo rígido a mi lado y ambos dejaron de reír. Jackie me dio una sonrisa serena antes de hablar.

—Tu abuelo es el duque, Brenda. Es normal que la gente reaccione así.

—Ya... —musité—. A veces lo olvido.

—Entiendo —dijo simplemente.

En un silencio cargado por una extraña tensión, nos adentramos al club. Que, por cierto, era gigante. Había varias piscinas, canchas de diferentes deportes (pero en su mayoría de tenis) y lo que parecía una mansión. Según Jackie, era un «refugio» donde tenían un gran patio de comidas y algunas habitaciones en el segundo piso, para cuando las personas querían quedarse a pasar la noche. Los niños tenían su propio espacio para jugar y había sectores separados por intereses y edades.

Nosotros fuimos a un sector en el cual no había mucha gente, pero las edades oscilaban de 20 a 30 años. Por supuesto que a Jacqueline y a mí no nos interesó, ingresamos allí de igual manera. Nos ubicamos en una mesa redonda que tenía una sombrilla arriba para que no nos molestara el sol. Selesty y Lynn ya se habían quitado sus ropas y andaban solo en traje de baño. Jackie, por su parte, se había sacado su camiseta y yo aún seguía con el vestido celeste. No sabía de qué estaban hablando, pero tampoco me interesaba. Me deshice de los zancos y caminé dentro del pequeño (pero igualmente lujoso) bar.

Algunas personas estaban teniendo un aperitivo, mientras otras solo tomaban un trago. Yo necesitaba emborracharme, sentía que desde décadas atrás no lo hacía y todo el estrés que estaba sintiendo por estar en Goldenwood me estaba impulsando a hacer cosas que no debía.

—¿En qué le puedo servir, *mademoiselle*? —preguntó el mozo.

—Quiero algo fuerte. Vodka —decidí.

Él me miró divertido.

—¿Puedo ver tu identificación?

—No la tengo aquí, pero todo el mundo está usando mi apellido para favorecerme. Así que, soy «la señorita Morel».

Sus cejas se alzaron al momento.

—¡Ah, señorita Morel! —pronunció con asombro—. Lamento no haberla reconocido. Disculpe, un Vodka en camino.

Le sonreí encantada.

Cinco tragos más tarde, yo apenas si podía hablar y cada cosa que el mozo decía me hacía reír. Tenía el sexto en mi mano, pero ni siquiera tenía la suficiente fuerza de voluntad para levantarlo y llevarlo a mis labios. Él volvió a reír por mis

acciones y yo reía por su risa. No podía parar. Todo me resultaba divertido, incluso cómo las cosas a mi alrededor giraban sin parar o se veían borrosas. Eso era lo que me gustaba de estar ebria; el mundo se veía diferente, no era el mismo.

—¿Brenda? —alguien llamó detrás de mí.

Giré un poco mi cabeza para encontrarme a Evan caminando hacia mí con el entrecejo fruncido. Esboqué una sonrisa perezosa y el medio de su cejas se juntó aún más.

—¿Estás bien? —preguntó con preocupación.

—*Je suis ivre*¹ —contesté sin vergüenza.

Me miró con asombro.

—¿Ebria? —asentí con una risita—. ¿Y hablas francés? —preguntó aún si creerlo, cuando me había escuchado.

—*Oui, sexy* —afirmé y volví a reír.

—Dios mío —suspiró.

De ahí en adelante, todo me pareció tan borroso que apenas si lo recordaba. Escuché la voz de Alaric preguntando «qué demonios había pasado» y Evan dándole respuestas. También dijo que ahora yo era su responsabilidad, así que debía encargarse de sacarme de allí sin que nadie notara que yo estaba borracha. Evan me cargó al estilo novia y salió conmigo en brazos, pues se me bajó la presión.

Luego sentí que estaba en un asiento cómodo y mi cara apoyada en un pecho duro y firme, con un olor exquisito rodeándome constantemente. Escuché las voces de Evan, Alaric y Jackie en ese entonces, pero mis párpados pesaban tanto que no podía levantarlos. Muchas palabras y acciones pasaban alrededor de mí, sentí que nos movíamos, pero no tenía ni la más mínima idea de dónde estaba. Solo podía concentrarme en los brazos que me rodeaban y el rico aroma con el que mi nariz se deleitaba. Con eso en mente, sentí que cada vez estaba más inconsciente, hasta que para mí todo fue negro y extrañamente placentero.

1 Estoy ebria

Cuando volví a cobrar consciencia, estaba acostada sobre algo muy suave y cómodo. Abrí los ojos con lentitud, para darme cuenta de que estaba acostada en mi cama, aún llevaba puesto el vestido celeste y las sábanas y el edredón cubrían mi cuerpo. Me incorporé de golpe, provocando que mi cabeza comenzara a punzar. Me llevé las manos hacia ambas sienes y cerré los ojos, tratando de aliviar el dolor. En el momento en que los abrí, salí lentamente de la cama y algo sobre la mesa de noche llamó mi atención. Era un vaso con agua, dos pastillas y una nota. Frunciendo el entrecejo con confusión, la levanté:

«Toma las dos píldoras y métete en la ducha. Cuando sean las seis y media,

ponte el vestido que está en la silla del tocador y ve a mi habitación para que te peine. Esta noche hay una cena importante y debes estar allí.

Sel <3>

Tomé las píldoras y luego busqué la cartera que llevaba puesta, allí adentro estaba mi celular y necesitaba ver la hora. No la encontraba por ningún lado con la mirada y aún no me sentía lista para levantarme de la cama. Tampoco fue hasta que moví mis brazos y uno rozó con algo a mi costado, que fui consciente de que aún la tenía puesta. Lo saqué con fastidio solo para ver que eran las seis y debía estar lista dentro de poco. ¡Maldición! Había dormido una eternidad, o así era como se sentía.

Me metí en el baño para disfrutar de una ducha rápida y caliente. Cuando salí aún era temprano, así que decidí llamar a Candace. En Nueva York era mediodía y ella ya estaría despierta.

—¡Bren! —exclamó con felicidad al segundo tono.

Reí y recobré la alegría.

—¿Cómo estás Candie?

—Aburrida. Mis padres salieron y no tengo con nadie con quien pasar la tarde. ¿Qué hay de ti?

Le relaté los sucesos del día y mi actitud vergonzosa. La verdad era que no me arrepentía de haberlo hecho, necesitaba ver el mundo de la manera en que lo hacía cuando los cables de mi cabeza se desconectaban. Candace y yo conversamos hasta que le pregunté la hora y me dijo que eran las siete menos veinte minutos. Casi le cuelgo sin avisarle.

El vestido era color coral, con ese tono más naranja que rosa. Era de una tela muy fina, por lo que debajo venía con otra tela blanca para que nada se trasluciera. En la parte de frontal llegaba a unos cuantos centímetros por encima de mi rodilla, pero en el reverso terminaba al nivel de mis gemelos, casi como si fuera una cola. En la parte de la cintura tenía un lazo blanco antiguo que combinaba con los tacones.

Cuando toqué la puerta del cuarto de mi prima, ella me abrió con una sonrisa, pero había algo en sus ojos que demostraba nerviosismo. Entré sin decir una palabra, ya que aún mi cabeza andaba floja por los tragos de horas antes.

—Siéntate frente al tocador. Hay que estar en el comedor a las siete y media y has llegado tarde.

Puse los ojos en blanco e hice lo que me dijo. Comenzó a maquillarme y luego a peinarme. Esta vez mi mente estaba tan fuera de lo actual que ni siquiera me di cuenta de lo que estaba haciendo. Empecé a recordar mis palabras y acciones y me sentí avergonzada mientras lo hacía. Le había dicho a Evan que era sensual, practiqué el francés y también dejé que me tomara en brazos. Y, lo peor de todo, era que no lo había sentido como un error. ¡Por todos los malditos cielos! Aún estaba esperando la llamada de Sean. Era como si me estuviera dando por vencida y no me gustaba para nada.

—Estás lista. Vamos ya, no queremos llegar tarde.

Asentí distraídamente y tomé un momento para mirarme al espejo. Había vuelto a hacer el rodete con una trenza alrededor y me gustaba. Delineó mis párpados, rímel en mis pestañas, un polvo rosáceo en mis pómulos y un ligero brillo labial. Debía admitir, por más que odiara el maquillaje, que Seleste era buena en esto.

Caminamos en silencio hasta el castillo. Afortunadamente anduvimos por el sendero de cemento que nos llevaba allí, sino me hubiera resultado imposible caminar por el césped con los tacones enterrándose en él. Seleste llevaba una expresión que me preocupaba, no solo porque no estaba parloteando como siempre hacía, sino que tampoco irradiaba emoción y felicidad, que era propio de ella.

—¿Estará, ehm..., Marco en la cena de hoy? —aventuré a decir, tratando de que soltara algo.

Negó en silencio moviendo secamente la cabeza. Ni siquiera un amague de expresión. Nada.

En el comedor familiar, Alaric, Jacqueline y Lynn ya estaban ocupando sus lugares en la mesa. Mientras la menor de los Bourque revisaba su celular con aburrimiento, los futuros marido y mujer susurraban entre ellos en voz baja y se sonreían. Tomé mi lugar al lado de Jackie mientras Seleste lo hacía a mi otro lado. Un momento después, los reyes de Goldenwood y su hijo del medio hicieron su entrada. Evan tenía un semblante lúgubre ensombreciendo su rostro y evitó contacto visual con todos, cabizbajo. La reina emanaba cierta emoción que en su cara lucía un tanto tétrica, mientras el rey lucía serio.

Sin ninguna palabra, la cena fue servida por las personas de uniforme azul y blanco y, esta vez, el hombre moreno no presentó a Nenna y a Ninni; ellas ni siquiera aparecieron. Los mismos que situaron las bandejas sobre las mesas fueron los que nos sirvieron la comida.

La cena transcurrió en silencio, a pesar de que se suponía que era importante; todos estábamos bien vestidos y todavía no había palabra articulada. Era incómodo: sentía a mi prima tensa cada vez que nuestros brazos se rozaban y el príncipe frente mí apretaba con exagerada fuerza su mandíbula. Cuando todos terminamos, los platos ya habían sido retirados y esperábamos el postre, la reina golpeó suavemente su copa de vidrio.

—¿Puedo tener su atención, por favor? Tú, especialmente, Brenda.

—Aquí vamos —masculló Jackie.

—¿Qué sucede? —pregunté con curiosidad, intentando ser cordial.

No soportaba a la reina, pero tampoco podía dirigirme a ella como yo quisiera.

—No viniste aquí a aprender a ser una señorita particularmente, Brenda, sino a casarte.

¿Qué?

Seguro había escuchado mal.

Mis sienes comenzaron a punzar y había sangre rugiendo en mis oídos. De pronto sentía que la comida subía por mi esófago. Iba a vomitar, lo haría en

cualquier momento.

—¿Disculpe? —pregunté en un hilo de voz.

—Tus padres no te lo dijeron porque creyeron más conveniente que nosotros lo hiciéramos. Cuando Alaric y Lynn regresen de su luna de miel, en aproximadamente tres semanas, tú y Evan se casarán.

Me miraba con su sonrisa de emoción y sus gestos de presumida, pero podía ver la frialdad en sus ojos. ¿Por qué ella no era como sus hijos y esposo? Amable y gentil. Se notaba que estaba disfrutando de darme las noticias que estaban a punto de arruinar mi vida.

—Mis padres no me harían algo así —dije con la voz quebrada y trémula—. Además, yo soy mayor de edad y no soy ciudadana de Goldenwood. No pueden obligarme a casarme, ni siquiera si mis padres firman por mí. No tendría validez.

Sin embargo, sabía que lo que decía no era del todo cierto. Ellos me habían enviado aquí con el falso motivo de ser una señorita. Me dejé por Sean y porque quizás me merecía el castigo luego de decepcionarlos. Pero ahora tenía conocimiento del verdadero motivo.

Arreglaron un matrimonio a mis espaldas. Por supuesto...

Lucinda negó con la cabeza, aún con esa sonrisa en sus labios.—Eres mayor de edad en Estados Unidos, no aquí. Y sí eres ciudadana de Goldenwood, puedes chequear tu certificado de nacimiento y los papeles legales de tu ciudadanía si lo deseas, Richard tiene copias en su despacho. Aquí nosotros somos tus tutores legales, así que no tienes demasiadas opciones, Brenda querida. No te alteres, no debes preocuparte de nada, Seleste me ayudará con los planes de boda mientras tú te emborrachas en lugares públicos —manifestó ásperamente con dulzura fingida.

Vomitaría, era definitivo.

Y mi mandíbula estaba desencajada.

A mis padres nunca se les ocurrió decirme que tenía la ciudadanía goldenwoodense. Nunca. Siempre fui neoyorquina y siempre lo seré. Nacida y criada. ¿Y ahora los reyes eran mis tutores legales? ¿Desde cuándo? ¿Cómo se les había ocurrido a mis padres hacer todo esto a mis espaldas?

—Madre —intervino Evan con voz envenenada—, no le hables así.

La reina Lucinda sonrió aún más.

—Adorable. El príncipe defendiendo a su futura princesa. Esa es la actitud que quiero.

El rey Richard estaba cabizbajo con una expresión seria en su rostro. Él era un buen hombre, pero nunca se enfrentaba a su mujer en público, eso lo había comprobado con los pocos días que había pasado en el castillo recorriendo pasillos sin fin. Los escuché discutir, pero nunca cuando había gente alrededor.

—En exactamente dos semanas y un par de días —dijo la reina con una felicidad que sonaba y se veía perversa—, tú y Evan serán marido y mujer. Príncipe y princesa —escupió.

No pude soportarlo más; me levanté de un salto, provocando que la silla se

deslizara detrás de mí haciendo un chillido horrible, y salí de allí rápidamente. Escuché la voz de Seleste y Evan llamándome, pero los ignoré. Me deshice de los horrendos tacones y corrí hacia el jardín.

Corrí, corrí y corrí hasta dejarme colisionar con un mural de ladrillos rojos. Apoyé mi espalda contra él y me dejé caer al césped, abrazándome a mí misma mientras lloraba sin consuelo. Estaba decepcionada y enojada, sin remedio. Mis padres estaban al otro lado del océano Atlántico, no podía decirles lo que sentía en sus caras y eso me provocaba todavía más impotencia.

Mis ojos se vieron atraídos hacia la derecha, donde estaba el gran portón de reja color negra. Mi llanto cesó, pero las lágrimas seguían fluyendo. Había algo en ese lugar que, como la primera vez que lo vi, me traía paz. Aún no había entrado al que todos aquí llamaban Bosque Dorado, pero el solo pensamiento me apaciguaba.

El césped, bajo mis piernas desnudas, me hacía cosquillas frías y la suave brisa primaveral me erizaba la piel. Todavía notaba una enorme tristeza que apesaba mi pecho, pero estar cerca de este lugar especial me calmaba de manera considerable. Si bien sabía que al alejarme me quebraría de nuevo, ahora aprovechaba el extraño momento de serenidad.

—¡Brenda! —alguien llamó.

Volteé hacia el frente, donde el príncipe Evan estaba trotando hacia mí con los tacones. Tenía una curiosa expresión que incomodaba sus facciones. Pude distinguir en él un gesto entre la desesperación y preocupación al mismo tiempo. Cuando estuvo cerca, se agachó frente a mí.

—¿Te parece si vamos adentro? No al comedor, a cualquier lugar en el que estés tranquila y podamos hablar. —Su voz era tranquila, entrecortada tal vez por el trote. Y sus ojos suplicaban que dijera que sí.

Estiró su mano libre hacia mí y me dio un atisbo de sonrisa. Coloqué mi mano sobre la de él un momento antes de sujetarla, observando cómo su gran tamaño y su leve bronceado hacían parecer a la mía escuálida, pequeña y pálida. Volviendo mi atención a sus ojos, dejé que me impulsara hacia arriba.

Sin soltar su mano, caminé hacia el sector de las habitaciones. Si él quería hablar y que yo estuviera tranquila, ese era el mejor lugar. Además, no era cualquier tema el que él tocaría, sino el del compromiso, y creía que si escuchaba esa palabra la cena haría su camino fuera de mi estómago.

—No te preguntaré de qué quieres hablar, porque me parece que es obvio — dije con voz rasposa y nasal en cuanto entramos a mi cuarto.

Me senté con pesadez sobre el sillón largo que estaba frente al pantalla plana. Percibí el ruido de los zapatos contra el suelo y los pasos de Evan al acercarse. Un momento después, lo tenía a mi lado. ¿Ya había mencionado que el sillón no era *tan* largo? Su lado estaba prácticamente tocando el mío.

—Sí... Yo solo... —vaciló—. Yo solo quiero disculparme contigo por no habértelo dicho. No es que no haya querido, sino que me lo tenían prohibido y yo soy lo demasiado idiota como para seguir todas las reglas. No lo hago a propósito, es por la inercia a hacer las cosas bien. Pero ahora me pregunto...

—¿Si has hecho lo correcto? —pregunté por él, girando un poco más mi cuerpo para poder verlo. El príncipe asintió y volteó para verme también. Respiré hondamente y solté el aire con suavidad—. No estoy enojada contigo, Evan —farfullé para su grata sorpresa—. Ojalá pudiera, pero esto no es tu culpa.

Asintió con entendimiento y, en un movimiento inseguro, ubicó su gran mano sobre la mía. La suya era cálida, mientras que la mía parecía un trozo de hielo comparada con la de él.

—No quiero hacerlo, créeme que no quiero, pero mi madre trajo a los *paparazzi* de Goldenwood y debo proponértelo en un rato —dijo para mi espanto. Tomó aire y lo soltó en un bufido—. Quizá odies más a toda mi familia por lo que te contaré, pero es la razón por la que todos se sorprenden cuando saben que tú eres Brenda Morel.

—¿No era porque mi abuelo es un duque? —pregunté entrecerrando los ojos.

—Ese es otro. Pero el real motivo es que todos pensaban que tú eras mi novia.

—¿Qué? —pregunté en un murmullo.

—Sí —suspiró—. El compromiso ha sido arreglado hace más de un mes. La gente aquí piensa que nosotros hemos estado juntos desde hace años y que esta es tu primera vez en Goldenwood porque yo te he invitado para proponerte matrimonio. Suena horrible, lo sé. Mi madre se ha ocupado de que sea así —musitó avergonzado, bajando su cabeza y evitando el contacto visual.

A pesar de que estaba perpleja por las nuevas noticias, puse mi mano libre sobre la de él para llamar su atención. Sus ojos verdes me observaban confundidos y su entrecejo estaba ligeramente apretado. Muy a mi pesar, le di una muy pequeña sonrisa.

—Es un espanto, todo lo es. Y ojalá pudiera escaparme de aquí con algún plan siniestro, pero ¿de qué serviría? Todavía no sé cuidar de mí misma, menos en un lugar que no conozco. Y en el caso de volver a mi hogar por mi cuenta, mis padres me darían un horrible castigo y estaría de regreso aquí al instante. —Me gané una sonrisa de su parte por decir eso—. Nunca perdonaré a mis padres por esto y, disculpa por decirlo, pero no dejaré que tu mamá controle todo. Quieren que me case a los 18, bien, lo haré porque no tengo opción, pero al menos yo seré la que elija el maldito vestido.

Evan dejó escapar una carcajada de sus labios y luego solo se limitó a sonreír. Nos quedamos en silencio un momento. No sé qué habría estado pensando él, pero yo estaba sumida en mis pensamientos mientras sacaba conclusiones sobre hechos pasados. Ahora entendía por qué mis padres habían acordado en dejarme este año libre antes de comenzar la universidad y por qué me dejaban vivir como un murciélago. Dejaron que hiciera de mi vida tiempo un desastre, porque luego estaría en mano de los Bourque: sin salida.

También el hecho de que Seleste se puso como loca cuando se enteró que tenía novio y la reina me llamó irrespetuosa. No solo por haber hablado por teléfono en el desayuno, sino porque habría sido una falta de respeto hablar con un novio si estaba comprometida con otro.

Estaba algo indignada, tenía 18 años recién cumplidos, aún era una

adolescente en Goldenwood, mis tutores legales eran un rey que no se enfrentaba a su esposa y una reina que me odiaba, y para completar sería la esposa de un príncipe en menos de un mes. Sería una jodida princesa.

—¿Evan? —lo llamé con suavidad. Él volteó a verme enseguida. Nuestras manos seguían enredadas—. ¿Qué edad tienes?

Me dio una sonrisa divertida.

—Tengo 22. Los cumplí el mes pasado.

—Ah —expresé sorprendida—. Eres más joven de lo que esperaba.

—¿Acaso esperabas que tuviera, no sé, 30? —preguntó divertido.

—No —reí—, pero creí que tendrías la edad de Seleste.

Negó con la cabeza, aún sonriendo.

—Ella es cuatro años mayor.

—A veces parece más chica que mucha gente —bromeé.

Él rio de mi patético intento de broma y yo me uní. Ambos estábamos riendo a carcajadas y no era exactamente por mi chiste malo, sino porque ninguno quería sentirse miserable por la situación en la que nos encontrábamos. No obstante, mi risa se convirtió en llanto de un momento para otro. Solté sus manos y tapé mi cara, sin importarme que tuviera los ojos llenos de maquillaje negro.

Sin decir nada, Evan me atrajo a su pecho. Mi frente quedó apoyada sobre su hombro, mientras él abrazaba mi cuerpo con uno de sus brazos y con el otro acariciaba mi espalda tratando. No sabía si sentirme bien porque la situación no era incómoda o sentirme de esa manera porque no lo era. Pero, ¡vamos! Era una maldita adolescente que le gustaba salir de fiesta y pasar las noches con su novio, y ahora se estaba por casar con un hombre a quien conocía hace cuatro días.

—Está bien, Brenda —pronunció con suavidad—. Déjalo salir.

Sollocé aún más. Estaba avergonzada por haberme quebrado frente a él, pero al mismo tiempo estaba cómoda. Tomé respiraciones hondas y traté de dejar de llorar. Tenía que ser fuerte. Saqué las manos de mi cara y limpié mis mejillas, corroborando que se me había corrido todo el maldito maquillaje y todavía teníamos que fingir que me pedía matrimonio. Seguí respirando profundamente y apoyé una de mis manos debajo de su codo, mientras giraba mi cabeza y me acomodaba mejor en su hombro.

Después nos quedamos en silencio, abrazados.

Luego de un momento, se escucharon voces detrás de la puerta de la habitación, pero ninguno de los dos se movió. Un minuto más tarde, la puerta se abrió con un estruendo.

—Cielos —suspiró Jackie—. Vuelvan al castillo —se dirigió a alguien más—, estaremos allí en un momento.

—Pero los camarógrafos están como locos —se quejó Alaric con los dientes apretados.

—Vamos, amor.

Esa era Lynn.

Unos ruidos más tarde, la puerta fue cerrada y los tacones de Jacqueline indicaban que se estaba acercando a nosotros. Sus ojos azules miraron directamente a mis ojos marrones cuando estuvo parada frente a nosotros. Estaban llenos de lástima y empatía.

—Lo siento tanto. Ojalá hubiera podido decírtelo antes, Bren.

Me separé de Evan con un suspiro. Mi boca aún estaba posicionada en un continuo mohín que era inevitable.

—Está bien, Jack. No te preocupes —le di una sonrisa tenue.

Me la devolvió y estiró su mano. La tomé con seguridad y cuando ella me impulsó a ponerme de pie, me recibió con abrazo. La abracé devuelta sin incomodidad. Algo en ella, al igual que Evan, me hacía sentir a gusto. Se separó de mí luego de un momento y me sonrió traviesa.

—No creo que quieras ser mirada por mucha gente con esa cara. ¿Te parece si mejoro un poco tu maquillaje?

No me quedó otra que asentir.

Pasado un rato, yo ya estaba lista otra vez, con mi rostro bien maquillado y mis pies dentro de los zapatos blancos. Cualquiera que nos viera nunca sospecharía que minutos atrás había estado llorando con el alma hecha pedazos. Evan y Jackie ya me habían dicho lo que sucedería y ya tenía claro qué hacer. Nos detuvimos en un pasillo anterior al gran salón principal.

—Esperen aquí —ordenó Jacqueline—, y cuando yo diga «están viniendo», cuenten hasta cinco y entren al salón. ¿Entendido?

—Entendido —contestamos al unísono.

Jackie giró sobre sus talones y caminó a paso firme y apresurado por el pasillo. Mientras tanto, Evan tomó mi mano y entrelazó nuestros dedos. Giré para verlo con las cejas enarcadas, sorprendida.

—Se supone que hace años que somos pareja, ¿recuerdas? —preguntó con humor y tristeza.

Le sonreí de esa misma manera.

—Sí, lo siento. Tardaré en acostumbrarme.

—Los dos lo haremos, no te preocupes.

Asentí al mismo tiempo que se escuchaba a Jackie exclamar con apuro:

—¡Están viniendo, corran, escóndase!

Uno... Dos... Tres... Cuatro... Cinco.

Empezamos a caminar por el corredor y, antes de entrar al salón, ambos pusimos una sonrisa en nuestras caras. Se suponía que nos amábamos, no que estábamos miserables. Nos detuvimos en un ventanal, aún preparándonos para ser filmados. Los otros también estaban en el salón, seguramente poniendo en actuación diálogos animados para que no pareciera que todo estaba planeado.

—¿Estás lista para sonreír como nunca? —musitó Evan, sonando desdichado.

—Sí —susurré.

Soltó mi mano y pasó ese brazo por encima de mis hombros, y yo atravesé el mío por detrás de su espalda. Apoyé mi cabeza sobre su hombro y él apoyó la suya sobre la mía. Teníamos que tomarnos nuestro tiempo, no podíamos apurarnos y levantar sospechas de que todo estaba horriblemente planeado. Odiaba esto.

A pesar de que esa era la verdad, porque todo estaba, en efecto, meticulosamente ideado, ninguno de los dos dejaríamos que se supiera. Primero, porque su familia se hundiría por el repudio social y, segundo, porque mis padres harían alguna otra cosa para castigarme. No sé, tal vez casarme con un hombre con problemas alcohólicos.

—Lo siento, otra vez, Brenda.

—No lo sientas. No te odio. Si voy a hacer esto, será mejor tener a alguien de mi lado. No tendría sentido odiarte y que además nos vayamos a casar.

—Tienes razón —murmuró—. Bueno, prepárate, porque apesto para las propuestas de matrimonio.

Fruncí el ceño al escuchar sus palabras.

—¿A qué te refieres?

—Esta no es la primera vez que le propongo matrimonio a alguien —dijo sorprendiéndome—. Pero hablaremos de eso en otro momento, ahora no tenemos tiempo.

Su voz se había tornado tan triste.

—¿La amabas? —pregunté sin poder evitarlo.

—Todavía lo hago.

Somos dos, entonces.

—Yo también amo a alguien, Evan. Cuando me lo propongas, piensa en ella y todo saldrá mejor. Yo haré lo mismo cuando tenga que decirte que sí. Solo... No gires cuando te abrace.

—Bueno —susurró apenas audible.

Se separó de mí y me tomó por los hombros, mirando directamente a mis ojos. Tenía una expresión de determinación en su rostro, al igual que de miedo.

—Te amo, Brenda. Y por esa razón quiero pasar el resto de mi vida contigo, porque no sé qué sería de mí sin ti. Sería como... Como estar solo en este mundo.

Mis ojos se llenaron de lágrimas y la muchacha cursi en mi interior pensó que la mujer que Evan amaba habría sido muy feliz de escuchar sus palabras. Apoyó una rodilla en el piso y tomó mi mano izquierda. Sacó una cajita de color negra de su bolsillo y lo abrió, mostrando un anillo con un hermoso diamante en el medio.

—¿Me harías el honor de ser mi esposa para que compartamos el resto de nuestras vidas juntos?

Mi cara de sorpresa era honesta. No solo por las hermosas palabras, sino por

el tamaño y brillo de ese diamante. Yo odiaba las cosas que brillaban, pero eso era...

Era

impresionante.

Y, por supuesto, mi mente estaba con Sean. Si bien tenía a Evan Bourque frente a mí, traté de imaginarme cómo hubiera sido que el hombre que realmente amaba me lo hubiera propuesto. Obviamente no sería lo mismo, ya que le hubiera dicho que no porque aún soy muy joven para atarme a un hombre de por vida, pero ahora...

—¿Brenda?

Una lágrima solitaria caía de mi ojo derecho al dar mi respuesta.

—Sí. —Sonreí de todas formas—. Por supuesto que quiero.

Evan me sonrió, sacó el anillo de su caja y lo deslizó por mi dedo anular. Cuando el anillo estaba en su lugar y él sobre sus pies, dejé salir una carcajada y me lancé a su cuello, ocultando mi cara de las cámaras que sabía que nos rodeaban.

Él abrazó mi cintura, encerrándola entre sus brazos, acariciando mi espalda en el momento en que sintió que me vendría abajo. Porque las lágrimas estaban comenzando a caer sin control y aunque podía decir que eran de extrema felicidad por estar comprometida con el amor de mi vida, necesitaba un tiempo para poder recobrar la compostura sin que nadie me viera.

Ah, Sean...